Las superhembras

COMEDIA EN TRES ACTOS DE

V. SARDOU

VERSIÓN CASTELLANA DE

ENRIQUE F. GUTIÉRREZ-ROIG Y LUIS DE LOS RÍOS



MADRID
IMPRENTA DE RAFAEL CARO RAGGIO
MENDIZÁBAL, 34
1921

LAS SUPERHEMBRAS

Las superhembras

COMEDIA EN TRES ACTOS DE

V. SARDOU

VERSIÓN CASTELLANA DE

ENRIQUE F. GUTIÉRREZ-ROIG Y LUIS DE LOS RÍOS

Estrenada, con éxito enorme, en el teatro Infanta Isabel, de Madrid, el día 11 de marzo de 1921.



MADRID

IMPRENTA DE RAFAEL CARO RAGGIO

MENDIZÁBAL, 34

1921

Este ejemplar, impreso exclusivamente para el servicio de los Teatros, se vende al precio de TRES pesetas.

PERSONAJES

CLARA.	María Gámez.
FAUSTA	Nieves Suárez.
LEONA.	Joaquina Pino.
MISS MORGAN	Juana Manso.
FANNY.	Blanca Jiménez.
JENNY.	Carmen Posadas.
DIONISIA.	Isabel Plaza.
QUINTÍN.	Pedro Sepúlveda.
JONATHAN.	José Calle.
SERAFÍN.	Francisco Alarcón.
CÉSAR.	Antonio Suárez.
LAZAROWITCH.	Francisco Pierrá.
VALERIO	Faustino Cornejo.

El primer acto, en París; el segundo y tercero, en Marville, cerca del Havre. Época actual. Derecha e izquierda, las del artista.

ACTO PRIMERO

Un salón con puerta al fondo. A la izquierda, balcón. A la derecha, chimenea, y sobre ella, reloj y candelabros. Mesas, sillas, butacas, etc. Todo de color uniforme, no lujoso, pero elegante. Sobre las mesas, caprichosos vasos de cristal para colocar flores.

ESCENA PRIMERA

FANNY Y JENNY.

FANNY. *(En el balcón: Jenny sentada y leyendo una novela.)* ¡Hace un día hermosísimo! *(Pausa.)* La vista de París, desde este sitio, es preciosa; pero lo sería mucho más si no se viera siempre el mismo panorama. ¡Juanita...!

JENNY. ¿Qué?

FANNY. *(Dejando el balcón.)* ¿Te aburre a ti también ver siempre el mismo horizonte?

JENNY. *(Tirando el libro.)* ¡Ya lo creo! ¡La vida que hacemos, desde que papá se fué a Nueva York, es insoportable! Papá debió llevarnos con él.

FANNY. Viajar. ¡Qué delicia! Los preparativos de la marcha, la emoción de las despedidas, estaciones y más estaciones que pasan vertiginosamente. La vista del mar, el viaje a bordo, la posibilidad de un naufragio... ¡Qué interesante es todo esto!

JENNY. *(Suspirando.)* Sí, sí, muy interesante; pero tendrás que resignarte a vivirlo con la imaginación.

FANNY. Claro, a ti no puede importarte mucho, porque te pasas el día leyendo novelas. Pero yo soy distinta...; yo necesito agitarme, sentir emociones nuevas, moverme... ¡uf! *(Andando por el salón.)* ¡Yo estoy aquí como una leona en su jaula! Siento ganas de arañar a alguien, y sé muy bien a quién.

JENNY. No digas más, a Clarita.

FANNY. ¡En buena compañía nos dejó papá antes de irse.

JENNY. Mejor hubiéramos estado con tía Fausta.

FANNY. Por lo menos hubiéramos hecho nuesto gusto... Pero esa antipática de Clarita es un castigo. Con el pretexto de que papá, su padrino, la encomendó un celo extremado cerca de nosotras, no nos deja vivir.

JENNY. ¡Ya, ya! Se mete en todo. Hasta en lo que debemos leer.

FANNY. A todas horas machaca que te machacas con las conveniencias sociales, con las enseñanzas de moral, con los deberes domésticos. ¡Qué paciencia se necesita!

JENNY. Mujer, es que olvidas que Clarita es tan prosaica como un libro de cocina.

FANNY. Sin embargo, hay que reconocer que es tan dulce, tan previsora, tan buena, que no hay modo de enfadarse con ella, que es lo que da más rabia. *(Suena la una en el reloj.)*

JENNY. ¿Has oído?

FANNY. ¿El qué?

JENNY. ¡Nada! *(A sí misma.)* ¡La una! ¡Ahora pasará!

FANNY. *(Mirando por el balcón.)* ¡Vaya...! Ahí tienes a tu príncipe, rondándote la calle, a caballo; a tu señor Lazarowitch.

JENNY. ¿Sí?
FANNY. ¡Siempre con un suspiro en los labios! ¡Pobre muchacho!... Ven a verle... ¡Le encuentro más triste que nunca! *(Junto a Jenny.)*
JENNY. ¡No seas loca! Después de lo que pasó el otro día...
FANNY. El que Clara le haya rogado que no venga a casa con tanta frecuencia, no quiere decir que nos prohibe saludarle.
JENNY. Es verdad.
FANNY. *(En el balcón.)* Buenas tardes... ¿Va usted de paseo?
LAZAR. *(Dentro. Suspirando.)* Sí, señorita... Voy al Bosque.
FANNY. *(Volviéndose hacia Jenny e imitando al suspirante.)* Ya lo oyes, va al Bosque.
JENNY. ¡Burlona!
LAZAR. ¿Y su preciosa hermana Juanita?
FANNY. Aquí está... escondida detrás de mí para que no la vea usted.
JENNY. Fanny, ¡ten formalidad!
LAZAR. *(Suspirando.)* ¡Adiós, señorita! *(Se aleja.)*
FANNY. *(Imitándole.)* ¡Adiós, príncipe!
JENNY. Conseguirás que se moleste con tus bromas.
FANNY. Es que se me contagia su tristeza, qué quieres que te diga. ¡Pobrecillo, tan joven y ya desterrado de su país!
JENNY. Cosas de la política.
FANNY. Un hombre así no hace falta en parte alguna. Es el microbio de la pena.
JENNY. No tienes corazón, Pepita. ¿Te gustaría que yo te dijera, por ejemplo, que César es un Charlot?
FANNY. *(Con viveza.)* ¿Y a mí qué me cuentas de César? César es un amigo de papá, y... *(Entra Serafín por el foro.)*
JENNY. ¿Por qué te has puesto colorada?

FANNY. ¿Colorada, yo?
JENNY. ¡Sí, tú!
FANNY. Te equivocas.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y SERAFÍN.

SERAF. *(Con dos paquetes en la mano.)* ¿Qué es eso? ¿Ya estáis disputando?
FANNY. ¡Hola, tío Serafín!... ¿Cómo está la tía?
SERAF. Bien, muy bien. Ocupadísima, como siempre.
FANNY. *(Cogiéndole.)* ¿Qué llevas en este paquete?
SERAF. Una cosa muy rica..., merengues...; cuidadito con espachurrármelos.
JENNY. Y en el otro paquete, ¿qué llevas?
SERAF. ¡Curiosa! Un kilito de calamares.
FANNY. ¿Pero has ido tú a la pescadería?
SERAF. De intento, no. Pero al pasar los vi tan fresquitos, tan apetitosos, que me dije: Serafín, tuyos son y para con su tinta.
FANNY. Llamaremos a la doncella para que te suba los paquetes a casa. Así nos haces un ratito de compañía. *(Se derige al timbre.)*
SERAF. No llames a nadie, porque la doncella volvería a bajar con los paquetes. La criada de casa ha salido a unos recados y tu tía no abre la puerta a nadie..., ni al cartero.
JENNY. ¿Por qué?
SERAF. ¡Ah! ¡Porque vosotras no conocéis a vuestra tía! ¡Vuestra tía Fausta no es una mujer como las demás! Claro que es una mujer, pero es una mujer superior, y no lo digo en el sentido de que sea de rechupete.
JENNY. Pues, entonces, ¿superior a quién?
SERAF. A todo el mundo; sobre todo, superior a mí; lo

digo con orgullo. Fausta me abruma con su superioridad. Cuando me casé, me dijo vuestro abuelo al salir de la iglesia: «Querido yerno, puede usted vanagloriarse de tener una mujer como hay pocas. Mi Fausta no es de las que pierden el tiempo en los menesteres de la casa; pero, en cambio, es una mujer de *esprit*, una intelectual, una superhembra nacida para mandar, para dominar... una mujer, en fin, que no le ha faltado nada más que ser un hombre para ser perfecta».

FANNY. ¿Y qué es lo que hace mientras tú te dedicas a comprar calamares?

SERAF. ¿Que qué hace tu tía Fausta? Trabajar enormemente con el cerebro. Lee mucho. Está al tanto de todo lo que ocurre... fuera de su casa, naturalmente... Fausta está muy por encima de todos los detalles vulgares de la vida *(Fanny y Jenny se echan a reír.)* De todas las menudencias del hogar, hasta el extremo de que yo me he preguntado muchas veces cómo el día de nuestra boda me permitió llevarla del brazo y retratarnos juntos.

ESCENA TERCERA

DICHOS y CLARA.

CLARA. *(Con las manos llenas de flores.)* ¿Estamos de palique? Buenas tardes, don Serafín.

SERAF. ¡Hola, Clarita!... ¿Viene usted del jardín?

CLARA. La pregunta es ociosa. Estas flores lo dicen. Pero, niñas; ¿os habéis olvidado que es hora de estudiar la lección de piano?

FANNY. ¡Tengo tanta pereza! *(Coge flores de las manos de Clara y las coloca en los tibores.)*

JENNY. ¡Y yo también! *(Imita con las flores a su hermana.)*

CLARA. Muy bonito... Sois casi dos mujeres y hay que estar siempre detrás de vosotras como si tuvierais siete años. *(A don Serafín.)* Nunca tienen gana de estudiar... No sentiríais tanta pereza si se tratara de asomarse al balcón para ver pasar a cierto jinete.

FANNY. *(A media voz.)* Algo hay de eso.

CLARA. Naturalmente.

SERAF. A mí me parece que en un día tan hermoso como el de hoy, estas muchachas debieran ir a tomar el sol.

JENNY. ¿Ves? *(A Clarita.)* El tío dice bien. ¿Por qué no vamos al Bosque? *(Con zalamería.)*

CLARA. No puedo acompañaros. Es lunes. Tengo que repasar las cuentas.

SERAF. *(Dando un salto.)* ¿Cómo, lunes? Pero hoy es lunes? *(Aterrado.)* Y me estoy aquí tan tranquilo, sin pensar que hoy me toca la lavandera. Me voy, me voy. ¡Adiós!

CLARA. Pero...

SERAF. ¡Ni un minuto más! ¡Pero, cómo es posible que se le olvide una cosa así a un hombre... de su casa! *(Mutis.)*

ESCENA CUARTA

DICHOS, menos SERAFÍN; luego, VALERIO y CÉSAR.

CLARA. Qué raro es vuestro tío Serafín.

FANNY. ¡Si no fuese más que raro!...

JENNY. Pero, bueno, ¿salimos o no salimos de paseo?

CLARA. Queridas nenas, ya sabéis que yo no quiero nada más que lo que queráis vosotras. Pero os advierto que soy demasiado condescen-

diente; os educo mal, y el padrino me regañará cuando venga. Ya sabéis que es muy severo.

FANNY. ¿Nos acompañará alguien?

CLARA. ¡Claro que sí! Saldréis con Dionisia. Me quedo más tranquila cuando vais con ella.

JENNY. (*Aparte.*) Como si nosotras no fuésemos lo bastante formales para salir, sin necesidad de que nadie nos acompañe.

FANNY. Ya llegará la libertad... y ese día...

VALER. (*Anunciando.*) El señorito César.

CLARA. Que pase.

CÉSAR. (*Entrando.*) Señoritas... Acaso soy inoportuno...

CLARA. Las niñas se disponían a salir.

FAUSTA. Pero... por mí, podemos quedarnos un ratito.

CÉSAR. Entonces...

JENNY. ¡Con la tarde tan hermosa que hace...!

CLARA. Si usted las dispensa...

FANNY. ¡Vaya! ¡Con tanto gusto como me quedaría!...

JENNY. (*Desde la puerta.*) ¿Vienes?

FANNY. Sí... Hasta luego. (*Las dos saludan* y *se van.*)

ESCENA QUINTA

CLARA y CÉSAR.

CÉSAR. Me felicito de que se quede usted sola, porque precisamente quiero hablar con usted unos momentos.

CLARA. ¿Conmigo?

CÉSAR. (*Sentándose.*) Si usted me lo permite. (*Clara se sienta a la derecha, cerca de una mesa, y se pone a bordar. César aproxima su silla y se sienta junto a Clara.*) Antetodo, señorita, ¿hay noticias de mi querido amigo Quintín? ¿De su padrino?

CLARA. Y muy agradables... Como que le esperamos de un momento a otro.

CÉSAR. ¿Tan pronto de vuelta?

CÉSAR. Tan tarde, dirá usted... Porque para lo poco que tenía que hacer en Nueva York; usted sabrá el objeto de su viaje...

CÉSAR. He oído hablar de una herencia.

CLARA. Precisamente. La fábrica de Marville, cerca del Havre: una fábrica importante que hereda el padrino, valorada en dos millones.

CÉSAR. Sí. La conozco. Soy de aquella tierra.

CLARA. Entonces, usted sabrá, probablemente, que el difunto don Quintín Mascaret, tío de mi padrino, era un hombre hábil y de talento, pero caprichoso y maniático.

CÉSAR. Había oído decir que era un solterón neurasténico.

CLARA. Desde hace diez años, rehusaba siempre, sin motivo alguno, tener ninguna relación con sus legítimos herederos, que son mi padrino y su hermana, la señora de don Serafín Lopart. Mi padrino se conformaba con vivir modestamente del producto de esta finca, de la cual es propietario, y la señora Lopart, de la escasa renta de su esposo. Ni mi padrino ni su hermana pensaban heredar nunca; pero el señor Mascaret ha fallecido sin hacer testamento, y así les corresponde de derecho la propiedad de la fábrica.

CÉSAR. Un millón para cada uno.

CLARA. No, señor. Porque hay un tercero heredero, hermano de mi padrino y de la señora Lopart, que vive en Nueva York; y como el padrino no ha querido resignarse ni a la venta ni a la partición de la fábrica, le ha propuesto a su hermana el asociarse, lo que ella ha aceptado, y el viaje a Nueva York no tiene

más objeto que obtener igual consentimiento por parte de su hermano.

CÉSAR. Bien. Y ahora, señorita, ¿usted me permitirá que le hable un poco de mí?

CLARA. ¿Cómo no, caballero?

CÉSAR. Comenzaré por decirle la sorpresa que tuve el mes pasado, a mi vuelta de Italia, al encontrar en casa de mi amigo Quintín cierta persona que yo había tenido ocasión de conocer, mejor dicho, de apreciar en otro ambiente muy distinto.

CLARA. ¿De quién me habla usted?

CÉSAR. De usted, señorita.

CLARA. *(Sorprendida.)* ¿De mí?

CÉSAR. Hace dos años, en casa de la baronesa Vitali, parienta mía, estuvimos bailando juntos.

CLARA. Lo recuerdo, y bailaba usted bastante mal, por cierto.

CÉSAR. Confieso que no soy un danzante... Entonces la cortejaban a usted tantos admiradores, que yo...

CLARA. ¡Por Dios! ¿Se burla usted?

CÉSAR. Era usted la reina de la fiesta. El canto, la danza, las flores, las joyas, todo parecía estar bajo su dominio; y calcule usted mi asombro al ver ahora a la persona que yo conocí en un mundo tan brillante, ocupando en esta casa un puesto...

CLARA. Dígalo usted... Poco más o menos, de institutriz.

CÉSAR. Hasta el punto que, desde hace días, he temido decírselo por no despertar en usted recuerdos dolorosos.

CLARA. Uno solo, señor; la muerte de mi pobre padre.

CÉSAR. Que la dejaría a usted arruinada, estoy seguro, porque se dedicaba a especulaciones atrevidas.

CLARA. (*Interrumpiéndole.*) Si el pobre estuviera a mi lado..., ¡yo sería demasiado rica!

CÉSAR. Y recogida por don Quintín, su padrino, ¿ha podido usted resignarse a esta vida burguesa, estrecha, mezquina?...

CLARA. No hay ninguna vida mezquina, amigo César; lo que hay son espíritus mezquinos, y allí donde hay deberes que cumplir, todo es grande.

CÉSAR. ¡Es verdad! ¡Qué alma tan elevada! (*Aparte.*) ¡Admirable mujer! (*A Clara.*) Y el piano, y el canto, y la pintura, porque usted dibujaba también..., cultivaba todas las artes de la distracción.

CLARA. ¡No hablemos de eso! Las he substituído por las labores domésticas. Me ocupo de la casa, de su orden, llevo las cuentas. Cultivo las artes de la utilidad.

CÉSAR. ¿Sin pesares?

CLARA. Sin pesares... ¡no! ¡Pero sin tristeza!

CÉSAR. ¡Qué mujer!

CLARA. Pero usted quería hablarme de su persona, y me parece que nos hemos desviado del camino.

CÉSAR. Al contrario, hemos llegado donde yo me proponía. (*Levantándose.*) Señorita, tengo treinta años, un nombre intachable, una consideración social, veinticinco mil francos de renta, y dos tíos que están al caer. Clara, estoy enamorado de usted y tengo el honor de pedirle su mano.

CLARA. (*Muy sorprendida y levantándose.*) ¿A mí...? ¿Mi mano?

CÉSAR. (*Vivamente.*) Sí, señorita. Yo dudaba hace un momento, pero ya no vacilo. He visto claro en mi corazón... Es usted lo que me atraía a esta casa, y usted ha debido comprenderlo así... ¿Verdad que ya lo había usted advertido!

CLARA. Yo, no, señor.
CÉSAR. ¡Pues sepa usted que la quiero con toda mi alma!
CLARA. Agradezco su galantería; pero por ahora no pienso en casarme y, además, creo firmemente que ha equivocado usted el camino.
CÉSAR. ¿Equivocado?
CLARA. Sí, señor; usted a quien quiere es a Paquita.
CÉSAR. (*Sorprendido.*) ¿A Paquita...? ¿Usted cree? Sí que me gusta Paquita, pero ella no es comparable...
CLARA. Tiene usted razón... No hay comparación posible. Ella es una niña, yo soy una mujer; yo tengo ya formado mi carácter; ella, no... Además, Paquita tiene una buena dote...
CÉSAR. Eso, señorita...
CLARA. Ya sé que usted es hombre desinteresado, y que ese detalle no sería un obstáculo.
CÉSAR. Al contrario, sería una razón para insistir.
CLARA. Lo sé, y porque agradezco su generosidad me intereso en hacerle a usted feliz. Paquita es una criatura adorable, bonita, ingeniosa, de viva inquietud, deliciosa, en una palabra.
CÉSAR. ¿Pero será una mujer de voluntad?
CLARA. Le sobra la que a usted le falta.
CESAR. ¡Puede...!
CÉARA. Siempre alegre y vivaracha...
CÉSAR. Cierto; su alegría es precisamente lo que más me encanta.
CLARA. (*Con viveza.*) ¿Lo ve usted cómo la quiere?
VALER. (*Dentro, gritando.*) Señorita Clara... ¡Es él! ¡Aquí está!
CLARA. ¿Quién?
VALER. ¡El señor! ¡El señor, que acaba de llegar!
CLARA. ¡Mi padrino!
QUINT. (*Dentro.*) Por aquí, miss Morgan; por aquí.
CLARA. (*Corriendo hacia el foro.*) ¡Padrino de mi alma!

ESCENA SEXTA

CLARA, CÉSAR, QUINTÍN; luego, MISS MORGAN.

QUINT. ¡Sí! ¡Soy yo! ¡Clara! ¡Clarita! ¡Es el padrino!

CLARA. (*Abrazándole.*) ¡Qué alegría tan grande! ¡Qué feliz soy!

QUINT. ¿Pues y yo?... Hombre...; está aquí Cesitar... ¿Qué tal? (*Se saludan.*)

CÉSAR. ¿Viene usted muy contento?

QUINT. ¡Mucho!... ¿Y mis hijas? Juanita... Paca... ¿Dónde están?

CLARA. Ahora irán a buscarlas. (*Llamando.*) ¡Valerio!

VALER. Estoy aquí, señorita.

CLARA. Ve a buscarlas corriendo. Fueron hacia el bosque. (*Vase Valerio.*) Pero padrinito, ¿cómo es que no nos ha avisado usted su llegada?

QUINT. Los yanquis no perdemos el tiempo en esas tonterías...; ¡porque yo estoy hecho un yanqui!... ¡Ah! ¡Qué nación!... ¡Qué pueblo!

M. MOR. (*Dentro*) Yes...; los equipajes.

QUINT. (*Yendo a buscar a Miss Morgan, que entra.*) A propósito... Te presento a miss Morgan...; una persona que... una mujer que... una... en fin; ya verás, ya verás. Mi ahijada Clarita.

CLARA. (*Saludando.*) Bienvenida, miss.

M. MOR. ¡Aoh! Y muy afortunada. (*Habla con acento norteamericano.*)

QUINT. Miss Morgan... Nuestro amigo César Chapel...; un joven muy distinguido.

M. MOR. (*Yendo hacia él.*) ¿Vale mucho este señor?

CÉSAR. Señora... valer... mi modestia...

QUINT. (*Encantado.*) No, no es eso. No lo ha comprendido... ¡Es puro americanismo! Miss pre-

gunta cuántos dólares vale usted; mejor dicho, a lo que asciende su fortuna. Es lo primero que pregunta un yanqui. Este señor vale veinticinco mil francos de renta...; cinco mil dólares. Es usted un hombre de cinco mil dólares; ni más, ni menos.

CLARA. Descontando el cambio, naturalmente.

M. MOR. (*Sonriendo y dando la mano a César.*) ¡Aoh! Muy agradable gentleman.

CÉSAR. (*Estupefacto.*) ¡Qué presentación más original!

QUINT. (*Frotándose las manos.*) ¿Esto le asombra a usted? Pues he aquí lo que son los Estados Unidos...: un país práctico, hijos míos; un país esencialmente práctico ¡Lo real, lo positivo, la base..., el dólar! ¡¡Magnífica nación, magnífica...; magnífica nación!!

CLARA. Pero, padrino, ¿cómo se ha vuelto usted?

QUINT. Yanqui, hija mía; yanqui, con toda mi alma; desde los pies a la cabeza. (*Señalando lo que índica.*) Gabán lana, de la casa Dibson... Pantalón algodón, de la casa Jobson... Chaleco de seda, de la casa Tripson... Camisa de hilo, de la casa Blagson... Botas de caucho, sombrero de fieltro y portamonedas de cuero, de la casa Troutson.

CLARA. ¡Qué feo es todo!

QUINT. Feo, sí...; ¡pero indescosible, irrompible, impermeable, inagotable e inmortal!... ¡Grande..., gran nación! ¡Uf! Pero yo necesito beber alguna cosa.

CLARA. ¿Qué quiere usted?

QUINT. (*Llamando, como en el café.*) ¡Un cok-tail! ¡Gin-toddly! ¡Whisky-punch! ¡Whiiisky!

CLARA. ¿Le es a usted igual un refresco de zarza? ¿Qué jerigonza es esa que pide usted?

QUINT. Perdona...; me creía en un bar de Nueva York.

(*Clara se va por la izquierda.*) Cesitar, tiene usted que ir a Norteamérica.

CÉSAR. Sí, señor; lo estoy deseando.

QUINT. ¡Verá usted allí cosas maravillosas! Trenes aérecs, trenes subterráneos..., tranvías gigantescos...; en Nueva York hay un tranvía. (*Vuelve Clara con una bandeja, sobre la cual hay una botella de Burdeos y dos copas.*)

CÉSAR. ¿Bebía usted Burdeos allí, don Quintín? (*Clara sirve el vino.*)

QUINT. ¡En las comidas, nunca! ¡En la mesa, agua helada nada más! País de sobriedad y de sociedades de temperancia...

CLARA. ¿Lleno, miss Morgan?

M. MOR. ¡Yes..., lleno! (*Tendiendo el vaso.*)

CÉSAR. Entonces, miss, ¿usted no es temperante?

QUINT. No; ésta es, más bien, intemperante. (*Bebiendo.*) ¡Esto reconforta! Pero esas criaturas, ¿cuándo vienen? ¿Por qué no están aquí?

CLARA. Usted tiene la culpa, padrino, por no habernos avisado su llegada.

QUINT. ¡Avisar! ¡Prevenir! ¡Qué tontería! Los norteamericanos las gastamos así. Nosotros salimos como un relámpago, corremos como una centella y caemos como una exhalación. Después se llega a su destino como en la vieja Europa, un pie tras otro.

CÉSAR. ¡Qué vértigo! ¡Es admirable!

QUINT. Pues, ¿y las casas, joven troglodita?... Las hay de veinte, treinta, cuarenta y cincuenta pisos...; cuando llegas al último, debes ya dos meses de casa. No te conoce la familia de lo que has envejecido.

M. MOR. (*Levantándose.*) ¡Beautiful! ¡Yes!

QUINT. Luego hablan de los trucos de las obras policíacas... Son inocentísimos. ¿Que usted está

en su cuarto y desea bañarse sin moverse de la cama? Toca usted un resorte, y la cama se transforma en una piscina, con peces y todo, para que la ilusión fluvial sea completa. ¿Que quiere usted levantarse temprano? Pues un mecanismo eléctrico hace bailar un *fox-trot* a los colchones, y éstos le arrojan a usted violentamente de la cama. ¿Que desea usted mudarse de camisa? Con volverla, basta. ¿Que se encarga usted un traje? Pues el día antes de probárselo, ya lo tiene usted hecho. En fin, ¿que quiere usted saber lo que pasa en Cádiz? Pues en el acto le suscriben a usted a un periódico de la localidad.

CÉSAR. ¡Es maravilloso!

CLARA. ¡Pero cuánto tardan esas chicas!

CÉSAR. ¿Quiere usted que salgamos a su encuentro? Vamos hacia el jardín.

MORG. ¡Oh, sí! Me gustaría ver el jardín con este joven.

QUINT. Pues acompáñela usted, César.

CÉSAR. Con mucho gusto. (*Le ofrece el brazo y se van Miss Morgan y César por el foro.*)

ESCENA SÉPTIMA

CLARA Y QUINTÍN.

QUINT. Y ahora que estamos solos, mientras vienen las niñas, hablemos de nuestros asuntos. *Time is money.*

CLARA. ¿Viene usted satisfecho de su viaje?

QUINT. ¡Satisfechísimo!

CLARA. ¿Consiente, al fin, su hermano?

QUINT. ¿Mi hermano? ¡No hubo manera!

CLARA. ¿Sigue tan testarudo?

QUINT. ¡No! Es que se había muerto un mes antes de mi llegada a Nueva York. ¡Apuesto a que se murió por no verme! La desgracia no me afectó mucho, porque desde hace treinta años no nos veíamos. Ya sabes que siendo muy joven se marchó a América, donde hizo fortuna rápidamente. Emprendió grandes negocios a lo yanqui, montó una fábrica de casas de madera transportables.

CLARA. Otra cosa que aquí no se conoce.

QUINT. ¡Qué se ha de conocer...! Allí se planta una casa con la misma facilidad que aquí un árbol.

CLARA. ¿Y pueden transportarse tan fácilmente?

QUINT. ¿Que si se transportan? Como que el día antes de mi salida de Nueva York unos ladrones se llevaron una casa a provincias, no te digo más.

CLARA. ¿Y el tío permaneció soltero?

QUINT. Cometió la tontería de casarse.

CLARA. ¿Y tuvo consecuencias?

QUINT. Una consecuencia de treinta años; un hijo, huérfano del todo, que reside en California.

CLARA. ¿Y tú le has visto?

QUINT. ¿Yo qué le voy a ver! ¿No te digo que está en California? Pero no he perdido el tiempo. He insertado un anuncio en los periódicos, que es costumbre del aquel país; allí se entiende todo el mundo por ese medio. Se negocia, se pregunta por la salud, se casan, se divorcian, se juega al *poker*, se reclama el dinero, la pérdida de una mujer, del paraguas, ¡todo por medio de la publicidad! Yo puse lo siguiente: «Quintín Mascaret desea saber el paradero de su sobrino Jonathan Mascaret, para tratar de una herencia». Y después mi dirección en la fábrica de Marville.

CLARA. ¿De Marville?

QUINT. Sí. Porque nos iremos en seguida a Marville,

donde yo empezaré a dirigir los trabajos de la fábrica, mientras llegan noticias del sobrino. Vengo del Havre, y todo está en regla. Yo tengo la tutela de la sucesión.

CLARA. ¿Y si el sobrino no contesta?

QUINT. Si se tratara de pagar, desde luego que no respondería; pero tratándose de una herencia... ya responderá alguien por él.

CLARA. ¿Y si viene?

QUINT. ¡Tengo un plan! Le ofreceré una participación en mis negocios, y otra participación en... la familia.

CLARA. ¿Cómo?

QUINT. Casándole con una de las niñas.

CLARA. ¿Y si a ellas no les parece bien? Porque Juanita está viviendo su novela sentimental. Un extranjero..., un desterrado, según él dice, que se hizo presentar por su hermana de usted... Su aire melancólico inspiró a Juanita una peligrosa compasión, y me vi precisada a poner término a visitas demasiado frecuentes.

QUINT. Bueno, pues a esa novela le pondré yo el último capítulo. ¿Ninguna otra novedad?

CLARA. ¡Ninguna!... ¡Ah! Perdón. (*Se levanta y saca unos libros de cuentas del bureau.*) Aquí están mis libros... Usted los revisará.

QUINT. ¿Y esto qué es? (*Cogiendo un cuaderno.*)

CLARA. Las cuentas del dinero que usted me confió.

QUINT. ¿Te queda algo?

CLARA. ¡Ya lo creo!

QUINT. Eres una muchacha incomparable. Y ahora que soy casi millonario, quiero que tú estés en mi casa como si fuera la tuya propia..., como en casa de tu padre.

CLARA. ¡Padrino de mi vida!

QUINT. Lo mismo..., pero quiero que seas más espíritu moderno; porque tú eres una buena mu-

chacha, ordenada, económica, muy hacendosa, pero con ideas un poco atrasadas acerca de la educación. Seguramente te habrás opuesto a que las niñas se entregaran a lecturas de su gusto, a que se tanguearan argentinamente, a que se rían como unas locas, a todo, en fin, lo que es alegría y encanto de la juventud. Las habrás tenido siempre metidas en un puño.

CLARA. Pero...

QUINT. Sólo faltaba que les hubieras puesto celosías en los balcones y cerrojos en las puertas, y que salieran a la calle con la cara tapada.

CLARA. ¡Pero, tío...!

QUINT. ¡Ah, ridículas costumbres! Yo vengo de un país donde las muchachas viajan solas, sin que nadie se meta con ellas; van donde quieren, reciben sus visitas, tienen sus amigos y nadie se escandaliza de estas libertades.

CLARA. Pues conmigo no han aprendido nada de eso.

QUINT. ¡Pues me parece mal! Yo no quiero que mis hijas sean unas bobaliconas, unas pavas, unas muñecas que sólo sepan decir papá y mamá... Para que luego mi sobrino Jonathan estalle de risa cuando yo le proponga el casarse con una de ellas. Yo quiero que mis hijas sean resueltas, viriles, fuertes, educadas a lo yanqui, en plena libertad.

CLARA. Yo creo, padrino...

QUINT. (*Sin escucharla.*) No proceder así es dar a la sociedad mujeres imperfectas. He dicho.

CLARA. Bien. No lo discuto; pero es cuestión de ideas.

QUINT. ¡Rutinaria! ¡Rutinaria! ¡Rutinaria!

ESCENA OCTAVA

DICHOS, FANNY, JENNY, SERAFÍN, FAUSTA
y MISS MORGAN.

FANNY. / JENNY. *(Dentro.)* ¡Papá! ¡Papá!

QUINT. ¡Aquí están mis hijas!... ¡*For ever*!

FAUSTA. *(Corriendo hacia su padre.)* ¡El primer abrazo para mí! *(Todos entran por el foro.)*

JENNY. *(Id.)* ¡No... para mí!

QUINT. *(Abrazando a las dos.)* ¡Angeles míos!... ¡Vaya! ¡Pues no estoy llorando!... ¡Seré tonto!

FAUSTA. *(Con lentes.)* ¿Dónde está? ¿Pero de veras es él?

QUINT. ¡Mi hermana! *(Abrazándola.)* ¿Y Serafín?...

FAUSTA. Ahí viene. *(Sale Serafín y se arroja en brazos de Quintín.)* ¡Qué satisfacción da el verse rodeado de la familia!... Traigo regalos para todos.

TODOS. ¿Ah, sí?

QUINT. Para Clara, unos preciosos colibrís. Para mi hermana, una biblia mormona, y para mi cuñado, un traje de piel roja, que es el indio más feroz que nos queda.

SERAF. ¿Haciendo el indio yo?

FAUSTA. ¿Y para nosotras?

QUINT. Para vosotras una caja llena de cosas bonitas, y sobre todo, hijas, os traigo un regalo inapreciable.

FANNY. / JENNY. ¡El qué, papá!

QUINT. *(Señalando a Miss Morgan, que entra con César.)* ¡He aquí el regalo! Esta señorita, que

será vuestra institutriz, hijas mías; una institutriz último modelo norteamericano.

FAUSTA. ¿Una norteamericana? Saluda, Serafín... ¡Aquí está el porvenir!

CLARA. (*Mirando a la miss.*) A mí me parece que es el pasado.

QUINT. Miss Morgan, hijas mías, no es una institutriz vulgar. Es persona de méritos excepcionales.

M. MOR. ¡Yes!

QUINT. ¡Es una escritora formidable!

M. MOR. ¡Yes!

QUINT. Una gran química y socióloga, que ha presidido tres mítines femeninos en Nueva York que han motivado alteraciones del orden público, los tres por defender la imperiosa necesidad de que las mujeres conozcan la Geometría descriptiva. Oradora y periodista a quien se teme tanto por su pluma como por su lengua...; tiene una lengua que es un vidrio...

M. MOR. (*Protestando.*) ¡Aoh! No tanto.

QUINT. Hace treinta años que miss Morgan viene sacrificando familia, afectos, salud, juventud, belleza...

SERAF. En lo de la belleza no ha tenido que sacrificarse mucho.

QUINT. ¡Todo en aras del enaltecimiento de la mujer, de la superhembra!

M. MOR. ¿Las señoritas se llaman?

QUINT. Paca y Juanita.

M. MOR. En inglés, Fanny y Jenny. Yo no las llamaré de otro modo.

QUINT. ¡Ni nosotros! Y ahora, hijas mías, gran noticia. Mañana salimos todos de París para posesionarnos de la fábrica de Marville.

FAUSTA. ¡Qué alegría! ¡Dejar Chaillot!...

QUINT. ¡Y allí, oídlo bien, libertad para vosotras! ¡Completa libertad!... ¡Libertad de escribir, de

leer, de salir, de entrar, de ir, de venir... libertad absoluta! ¡Libertad sin límites! ¡Libertad yanqui!

FANNY. ¡Qué gusto!

JENNY. ¡Qué alegría!

FAUSTA. ¡Ahora reconozco mi sangre!

QUINT. Vamos a ver los regalos.

FANNY. Terminó tu reinado, Clarita, y comienza el nuestro. (*Todos van haciendo mutis.*)

FAUSTA. El nuestro, ¿lo oye usted bien, espíritu milenario?

QUINT. (*A Clara.*) ¿Qué dices de todo esto, rutinaria?

CLARA. (*Cogiéndose del brazo de su padrino.*) ¡Libertad sin límites, padrino!... Uno tiene libertad de protestar, ¿no es eso?

QUINT. Naturalmente.

CLARA. ¡Pues bien, yo uso de ella... y protesto!

TODOS. ¿Qué protesta?

CLARA. (*Con aplomo y firmeza.*) ¡Sí, sí, protesto! (*Todos los personajes que la oyen rompen a reír furiosamente, todos menos Serafín.*)

SERAF. ¡Yo también protestaría...; pero cualquiera se atreve después de ese regocijo!

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

En Marville. El *hall* del hotel de la fábrica. Al foro, puerta y dos grandes ventanales. A la izquierda, primer término, puerta, y en segundo término, un armario y un sofá. A la derecha, en primer término, puerta, y en segundo término, un velador. Muebles de verano, muy elegantes. La puerta del foro y los ventanales dan al jardín.

ESCENA PRIMERA

DIONISIA y VALERIO; luego, QUINTÍN.

DIONI. Ya lo sabes, Valerio, que no tenga que volvértelo a decir. Esas son obligaciones tuyas.

VALER. Vete a la cocina y déjame en paz.

DIONI. (*Muy irritada.*) ¿A la cocina? ¡Insolente! Eso era antes... Ahora, cada cual debe ocupar su sitio.

VALER. ¿La señora doncella dirá cual es el suyo?

DIONI. Yo no soy doncella. Soy una ciudadana perfectísimamente libre, y que hago el favor de prestar mis servicios en esta casa por una retribución ridícula; y los seguiré prestando hasta el día que el Sindicato Doméstico acuerde que las señoras oficien de criadas y a nosotras nos llegue la hora de ser amas.

VALER. ¡Bravo!

DIONI. Se acabó el que yo dé cera a los suelos, que limpie los metales, que salga a la calle cada media hora para sacar a la perrita... Todo eso

es de la incumbencia de usted. Se acabó el tolerar que usted me trate como a una criada; se acabó el que yo sea en esta casa poco menos que nadie... (*Pausa.*)

VALER. ¡Se acabó!

QUINT. (*Entrando por el foro y mirando al reloj.*) Las seis y media... Me parece que es hora de merendar. ¿Qué hay de merendar, Dionisia?

DIONI. Eso es de la jurisdicción de la cocinera, señor. Yo no voy a la compra, ni entro para nada en la cocina.

QUINT. Está bien. Tienes razón. ¿Y las señoritas?

DIONI. Especifique el señor... ¿Por qué señoritas pregunta? Porque en la casa hay varias.

QUINT. Pregunto por mis hijas.

DIONI. Así se habla... Pues salieron y, como es natural, no dijeron dónde iban.

VALER. ¡Pero si no preguntaba eso el señor!

DIONI. Por si acaso lo preguntaba.

QUINT. ¿Salieron juntas?

DIONI. Sí, señor... A las diez de la mañana.

VALER. La señorita Jenny iba a caballo.

QUINT. (*A Dionisia.*) Entérese usted si han venido.

DIONI. ¡Vaya una manera de mandar tan imperativa! ¡Es intolerable! ¡Lo sabrá el Sindicato! (*Mutis por la izquierda.*)

QUINT. Esta Dionisia me parece que se ha vuelto un poco respondona.

VALER. Si el señor la oye hace un momento, se asusta.

QUINT. (*Rápido.*) ¡A mí no me asusta nada!... ¿Y miss Morgan?

VALER. Miss Morgan está en su laboratorio, señor.

DIONI. (*Por la izquierda.*) Las señoritas no están en casa. Aun no han vuelto.

QUINT. Está bien. No os necesito. (*Vanse Dionisia y Valerio por la izquierda.*) Pues, señor... ¡esto es inaudito! Hace seis meses que estamos en

Marville, y apenas si he visto seis veces a mis hijas...; no se toman ni siquiera la molestia de decirme ni buenos días, ni buenas noches!

ESCENA SEGUNDA

QUINTÍN y CLARA.

CLARA. (*Por el foro.*) Padrino, tenga usted el correo. (*Le da unas cartas.*) ¿No ha vuelto Jenny?

QUINT. No. (*Sacando una tarjeta.*) Oye... ¿quién es este señor que se llama Lazarowitch?

CLARA. El joven de que hemos hablado, padrino.

QUINT. ¡Ah, sí!... ¡El príncipe!

CLARA. ¡Oh! ¡Príncipe...! Yo tengo mis dudas. ¿No le parece a usted un poco sospechoso ese nombre?

QUINT. Desde luego, me suena a opereta... ¡Lazarowitch!

CLARA. ¿Y qué nos importa ese señor? He sabido que estaba acribillado de deudas. Quién sabe adónde habrá ido a dar con sus huesos.

QUINT. Está aquí... Mira su tarjeta. (*Enseñándola.*)

CLARA. ¿Aquí?... (*Aparte.*) Por eso sale Jenny con tanta frecuencia desde hace ocho días... y vuelve tan tarde.

QUINT. Pero ¿qué te sucede?

CLARA. Ya lo ve usted; que no ha vuelto Jenny, y estoy con cuidado.

QUINT. ¿Por qué? ¿Qué razones hay para estar con cuidado?

CLARA. Le digo a usted que tengo miedo, padrino. Con los que se quieren no se razonan estas cosas, se sienten nada más. (*Se va por la puerta del*

jardín y hace mutis, mirando en todas direcciones, por si ve a Jenny.)

QUINT. ¡Es tonta!... ¡Tener miedo!... Esta chica no se hará nunca a la educación norteamericana.

ESCENA TERCERA

QUINTÍN y SERAFÍN.

QUINT. (*A Serafín, que sale por la izquierda.*) ¿Serafinito, vienes solo? (*Abriendo y leyendo las cartas que le dió Clara.*)

SERAF. Sí. Fausta está estudiando el problema social en Yugoeslavia.

QUINT. Siempre ocupándose de lo que no le importa. ¿Has visto a Fanny?

SERAF. ¿Fanny? Está de caza. Y se llevó con ella a César.

QUINT. ¿En clase de perdiguero?

SERAF. O tal vez de sétter.

QUINT. Ya podían estar aquí. (*Abre otra carta.*)

SERAF. (*Sentándose en el sofá.*) ¡Estoy derrengado!

QUINT. ¿De qué? Yo soy el que vigilo a los obreros, desde la mañana a la noche, y tú no haces nada.

SERAF. ¿Que no hago nada? Estoy de pie desde las cinco de la mañana. He regado todo el jardín; he limpiado las jaulas de los pájaros; he dado cuerda a todos los relojes; he colocado la alfombra de la escalera...

QUINT. ¿Y por qué no has limpiado las botas?

SERAF. Porque ya las dejé limpias anoche.

QUINT. Eso teniendo tres criados.

SERAF. (*Levantándose.*) Esa es mi desgracia, tener tres criados. Cuando yo tenía una criada nada más, con hacer la compra estaba despachado.

Y mira lo que son las cosas, ¿querrás creer que me sisaba a mí mismo? ¡Hoy tengo tres criados y trabajo más que nunca!

QUINT. Pero, y tu mujer ¿qué hace?

SERAF. Escribe, lee. Manda cartas diariamente a los más ilustres superhombres de Europa.

QUINT. ¿Y la contestan? (*Abre otra carta.*)

SERAF. Deben haberse mudado todos, porque ninguno la responde. Por supuesto, que quien la induce a ese abuso postal es doña Leona, una intrépida mujer y muy lista, que ha dado dos veces la vuelta al mundo. Una mujer simpática, ya la verás.

QUINT. No tengo interés, ni me importa.

SERAF. Ni a mí, pero la verás. Mi mujer la ha invitado a cenar. Esta señora es la que va a enseñar a tus hijas la natación, la gimnasia y la esgrima.

QUINT. ¡Las siete menos cuarto y todavía de caza! ¡Con tantos accidentes como ocurren! Estoy inquieto. (*Pasea preocupado.*)

SERAF. No les habrá pasado nada... Ya te irás acostumbrado a esas tardanzas, ¡a todo hay que acostumbrarse!... ¿Tú sabes dónde hay botones?

QUINT. ¿Botones?... ¿Para qué?

SERAF. Porque, mira, tú los llevas hasta en las mangas, ¡y yo con los ojales en ridículo! ¡Bien se conoce que Clara no es una superhembra como mi mujer. (*Va a la izquierda y coge de un cestito, que está en el velador, un botón, hilo, dedal y aguja, la enhebra y se dispone a coserse el botón.*)

QUINT. (*Después de abrir una carta y leer la firma.*) ¡Ah!

SERAF. (*Cosiéndose el botón.*) ¿Qué te pasa? Me he pinchado con el susto.

QUINT. ¡Una gran noticia! Carta de nuestro sobrino.

SERAF. ¿De nuestro sobrino? Me estás haciendo pinchar en hueso.

QUINT. Escucha: (*Leyendo.*) «Yo, Jonatĥan Mascaret, hijo de Amadeo Mascaret, hago saber a mi tío Quintín que vivo...»

SERAF. ¡Vive!

QUINT. «En Stockton (California), donde poseo un taller de carpintería mecánica, que puede considerarse como el más importante de los Estados Unidos. Especialidad en entarimados». ¿Eh? De paso se hace el reclamito. Es un yanqui completo.

SERAF. (*Con desdén.*) ¡Un carpintero!

QUINT. Sí; pero no creas que es uno de esos carpinteros arrimados a la cola. Será un genio de la construcción.

SERAF. ¿Qué más dice la carta?

QUINT. (*Leyendo.*) «Y me propongo estar en Marville a principios de septiembre del presente año.»

SERAF. ¡Septiembre! ¡Pero si estamos en septiembre!

QUINT. ¡Claro que estamos!... ¡Llega al mismo tiempo que su carta...! ¡Va a venir!

SERAT. (*Lastimeramente.*) ¡Y se nos va a llevar seiscientos sesenta y seis mil seiscientos sesenta y seis francos con sesenta y seis céntimos!

QUINT. ¡Ya veremos, ya veremos!... No hay que mirarlo todo desde el prisma de la negrura.

SERAF. ¡Es verdad! ¡Queda todavía el recurso de un naufragio!

QUINT. ¡Yo tengo mi plan!... Clara lo conoce. A ese joven le encantará encontrar aquí ambiente y gustos americanos; y entusiasmado con la educación que he hecho dar a mis hijas, etc., etc... ¡Pero me estoy muriendo de hambre! ¿Dónde andarán estos diablos de mujeres?

ESCENA CUARTA

DICHOS y FAUSTA.

SERAF. ¡Quién sabe! (*Se pone a coserse el botón.*)
QUINT. Aquí viene una.
FAUSTA. (*Con traje un poco masculino y hojeando libros, sale por la izquierda. Siempre con lentes.*) «Patología de las mujeres».
QUINT. ¡Fausta!
FAUSTA. «Psicología de las mujeres».
QUINT. (*Siguiéndola.*) ¡Hermana mía!
FAUSTA. Si las mujeres mandasen.
QUINT. Eso es una copla de España... Queridísima.
FAUSTA. (*Hojeando sin escucharle.*) Habla, que ya escucho.
QUINT. Dispensa que te moleste; pero, ¿no es la hora del *lunch*?
FAUSTA. (*Tirando los libros sobre la mesa.*) ¡Bah! Son unos libruchos que me envían.
QUINT. ¿Pero es que aquí no se merienda?
FAUSTA. ¿Merendar? Eso a mí no me incumbe.
QUINT. ¡Que diga eso una mujer!...
FAUSTA. ¡Una mujer! Tú no sabes, hermano mío, todo lo que yo detesto ese nombre y todo lo que, desde mi nacimiento, vengo protestando contra ese error de la Naturaleza.
QUINT. Pero, puesto que se equivocó la Naturaleza..
SERAF. (*Dulcemente.*) Claro..., y después de cincuenta años no le vas a pedir ahora a la Naturaleza daños y perjuicios.
FAUSTA. (*Sin oírles.*) ¡Sentirse la energía, la voluntad, la fuerza de un hombre y languidecer estérilmente bajo las faldas, viéndose la esclava, la propiedad, la sierva de Serafín Lopart...!
SERAF. (*Sofocado.*) ¿Mi sierva? ¡Es una cínica!

FAUSTA. ¡No!... ¡Nunca, jamás, me haré a la idea de que soy una mujer!

SERAF. Yo te lo aseguro, Fausta.

FAUSTA. (*Señalándose la frente.*) ¡El sexo está aquí, caballero, dentro de la cabeza! ¡Yo soy una inadaptada! ¡Yo soy una superhembra!

SERAF. ¡Pues yo preferiría que fueras una hembra super!

FAUSTA. ¡Cállate, Charlot!

ESCENA QUINTA

DICHOS y LEONA.

LEONA. (*Con cabello y peinado masculino, levita corta, puños, cuello, corbata, etc. Impresión hombruna. Por el foro.*) ¡Aquí estoy!... ¡Ouf!... ¡Cuatro leguas a pie! ¡Hola, Fausta!... Buenas tardes caballeros. (*A Quintín.*) Choque usted...

QUINT. Perdón...; pero...

LEONA. (*Con extrema volubilidad.*) ¿Mi nombre? Es verdad. (*A Fausta, que se adelanta para presentarla.*) Quieta... no se moleste... Yo no soy tímida. (*A Quintín.*) Leona Lahorie, viajera, naturalista, botánica y miembro de los Institutos de Stokolmo, de Dublín, de Filadelfia y de Novogorod.

QUINT. Me honro al conocerla.

LEONA. ¡Lo comprendo! (*Continuando.*) Encargada de diversas misiones científicas en Bélgica, Suecia y Brasil, años 1905... 9... y 12. Autor de una flora comparada de las cordilleras de los Andes; de un mapa rectificado del Sahara africano; de seis memorias sobre las montañas de la luna; de cuatro memorias más sobre la cría

de la chufa, y de dos memorias a la familia de las dicotiledóneas.

QUINT. ¡Cuánta memoria tiene esta mujer! Sigo admirándola.

LEONA. Le he dicho a usted que lo comprendo. Prisionera de las hordas rifeñas durante seis meses, en 1898.

QUINT. ¡Diablo! Cuente, cuente eso...

LEONA. No; ¡detalles, no! Vendida en los bordes del Niger en 1900 y encerrada en el harém del sultán de Yakurik...

JENNY. ¡Demonio!

QUINT. Cuente eso del harém.

LEONA. ¡Golosinas, no! He sido amazona del rey de Dahomey y corresponsal en la gran guerra hasta 1915, que me hicieron prisionera en los pantanos del Pripet. Estuve en un campamento de concentración austriaco, donde sembré el espanto, hasta el punto de que un oficial croata me dió la libertad.

QUINT. Y agradecida al oficial...

LEONA. ¡Nada de eso! Además, he estado casada tres veces y menosprecio a los hombres.

QUINT. ¡Haber empezado por ahí! ¡Usted es un amigo! (*Se dan la mano, sacudiéndola con rudeza y agitándose Quintín cómicamente.*)

ESCENA SEXTA

DICHOS, CLARA y JENNY, vestida de amazona blanca, a la inglesa.

CLARA. (*Entrando con Jenny por el foro.*) ¡Por fin llegó!

QUINT. Ven aquí. (*Leona y Fausta van hacia el fondo, hablando.*)

JENNY. Buenas tardes a todos.
QUINT. ¿De dónde vienes, Jenny?
JENNY. Del acantilado..., donde estaba escuchando la hermosa sinfonía del mar.
QUINT. ¡Bravo! Pero me parece muy compatible la música con la alimentación. ¿Cuándo se merienda?
JENNY. ¿Merendar? ¿Pero es que se merienda?
QUINT. No... no se merienda, y por eso estoy echando lumbre.
JENNY. Eso díselo a Clara.
QUINT. ¿Y qué hacías sola frente al mar?
JENNY. (*Melancólica.*) ¡No estaba sola! Estaba con un joven... (*Movimiento de Clara.*) que ya se lo presentaré. Ha debido enviarle a usted su tarjeta, porque le he invitado a venir esta noche.
CLARA. ¿Aquí?
QUINT. ¿Entonces se trata de don Lazarowich? (*Extrañeza de Clara.*)
JENNY. Sí... Un pobre desterrado que me confía sus sueños, sus esperanzas, y nosotros pensábamos...
QUINT. (*Con viveza.*) ¿Qué pensabas tú?
JENNY. ¿Parece que me interrogas, papá?
QUINT. Naturalmente que te interrogo.
JENNY. (*Con malhumor.*) ¿Es que se trata de volver a la educación europea?
QUINT. Tanto como eso...
JENNY. ¿No me has dado libertad para ver a quien quiera, donde quiera y como quiera?
QUINT. Sí; pero...
JENNY. Entonces abrázame, y cuidadito con volver a empezar. (*Abraza a su padre y se va hacia el foro.*)
QUINT. ¿Tú qué opinas de esto, Clarita?
CLARA. ¿Y usted?
QUINT. ¿Yo?

CLARA. Sí.
QUINT. La verdad es que... (*Se queda pensativo.*)
CLARA. ¡Pues eso mismo! (*Mutis por la izquierda. En el jardín suena un tiro. Todas las mujeres gritan y vienen al primer término.*)
QUINT. ¿Quién se permite asustar a la gente de ese modo?

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS, FANNY y CÉSAR.

FANNY. (*Con traje de caza, falda corta, polainas, gabancito, sombrero, canana y escopeta.*) ¡Somos nosotros!
QUINT. ¿Cómo concebir ni pensar estas horas de venir a merendar?
FANNY. (*Dando la escopeta a César.*) ¡Y papá habla en verso!...
QUINT. ¿Quieres escucharme en serio?
FANNY. ¿Pero qué es eso, papá? ¿Qué tono es ese?
QUINT. Yo exijo...
LAS MUJERES. (*En exclamación.*) ¡Oh! ¡Yo exijo!
QUINT. (*Intimidado.*) ¿Y si te hieres, desgraciada?
CÉSAR. Vigilo yo, don Quintín.
QUINT. Sin embargo... lea usted los periódicos... Todos los días ocurren accidentes de caza. Os estáis aventurando en peligros muy serios, y os prohibo terminantemente esas locuras.
JENNY. FANNY. ¿Que nos lo prohibes? (*Riendo.*)
QUINT. ¡Sí! (*Nuevo estallido de risas.*)
LEONA. Ya ve usted el efecto que les ha producido.
QUINT. ¡Esas risas son una impertinencia!
FANNY. (*Dándole en la cara mimosamente.*) Papá, ¡si

supieras con qué energía has dicho esa palabra! Pero ¿y nuestras libertades? ¿Quedan suprimidas?

QUINT. ¿Vuestras libertades? Es que se toman ustedes demasiadas libertades.

LAS MUJERES (*Protestando.*) ¡¡Oh!!

ESCENA OCTAVA

DICHOS y MISS MORGAN.

M. MOR. (*Por la derecha.*) ¡Aoh! Este vocerío perturba el trabajo serio de mi laboratorio.

QUINT. Miss Morgan, venga usted a poner en razón a estas niñas y a enseñarles la obediencia que deben tener a su padre.

M. MOR. ¡Aoh! ¡No!

QUINT. ¿Cómo que no?

M. MOR. Yo les enseño química, medicina, magnetismo y las ciencias naturales; pero no les enseño la esclavitud!

LAS MUJERES ¡Bravo, miss!

QUINT. ¿De modo que no es una ciencia natural la obediencia a los padres?

M. MOR. No. ¡En América, no!

FAUSTA LEONA. ¡En América, no!

FANNY. Ya lo oyes, papá.

SERAF. ¡En América, no!

QUINT. ¡Bueno, convencido! Y comer, ¿tampoco es una ciencia natural? Porque yo estoy hambriento.

SERAF. ¡En América, sí!

VALER. El *lunch* está servido. (*Se queda junto a la puerta.*)

QUINT. ¡Gracias a Dios!... A la mesa todos.
TODOS. ¡A la mesa! (*Van saliendo por la izquierda.*)
QUINT. (*Ofreciendo el brazo a Leona.*) ¡Señora!
LEONA. (*Pasando majestuosamente por delante de él.*) No, caro amigo. He dado la vuelta al mundo yo solita y no es cosa de cogerme del brazo de usted para no ir mas que al comedor. (*Mutis por la izquierda.*)
QUINT. (*Pasmado.*) ¡Ah! (*Mira a Serafín.*)
SERAF. Apóyate, Quintín... Ya está visto que en esta casa no hay más mujeres que nosotros dos. (*Hacen mutis, del brazo, por la izquierda. Valerio recoge los objetos de caza y se dispone a irse.*)

ESCENA NOVENA

LAZAROWICH y VALERIO.

LAZAR. (*Por el foro.*) ¿Dónde están los señores?
VALER. Ahora se sientan a la mesa, caballero.
LAZAR. (*Misteriosamente.*) Diga usted bajito a la señorita Jenny que don Lazarowich desea hablarla en seguida.
VALER. (*Dudando.*) ¿Ahora, señor?...
LAZAR. ¡Ah, sí!... ¡Ya comprendo! (*Registrándose los bolsillos.*) ¡Toma! (*Dándole una moneda.*)
VALER. Voy en seguida, señor. (*Vase por la izquierda.*)
LAZAR. ¡No hay tiempo que perder! Es preciso que yo salga esta misma noche para Londres. El telegrama que desde París me envía un amigo está bien claro. (*Lo mira y lee.*) «Se sabe que estás en Marville, y tus acreedores se dirigen a marchas forzadas en tu busca». ¡Estos malditos acreedores van a desbaratar mi proyec-

tado matrimonio! Hay que aprovechar los momentos. Estoy hasta los pelos de paseos sentimentales por la orilla del mar, de misteriosas noches de luna, de susurrar a su oído baladas melancólicas, que le canto en inglés para que crea que son rumanas, y hay que llegar al desenlace... Para ello nada mejor que provocar un escándalo que la comprometa... ¡Apelando a este recurso violento, el padre de Juanita me concederá su mano! Una cita esta noche con el pretexto de despedirme será el mejor medio... Aquí viene. (*Adopta una actitud de gran sufrimiento.*)

ESCENA DÉCIMA

JENNY y LAZAROWICH; luego, CLARA.

JENNY. (*La escena, a media voz; Jenny, muy inquieta.*) ¿Por qué me llamas a solas? ¿Qué me quieres?

LAZAR. ¡Ay, Jenny! ¡Tengo que partir esta noche!

JENNY. ¿Que te vas? ¿Adónde?

LAZAR. ¡A Londres! ¡Mis enemigos... mis enemigos políticos, puestos sobre mi pista, han descubierto mi paradero! Es absolutamente preciso que hablemos a solas, pero muy a solas, antes de mi partida.

JENNY. Solos estamos; di lo que quieras.

LAZAR. No... Podrían oírnos y sorprendernos. Es mejor que salgas esta noche; yo te esperaré cerca de aquí.

JENNY. ¡Pero eso es imposible! Las puertas del hotel quedan cerradas por la noche.

LAZAR. Quédate en el jardín, y luego sales.

JENNY. Pero la puerta del jardín está cerrada también, y yo no tengo la llave.

LAZAR. Procúratela.

JENNY. ¡Es imposible!

LAZAR. Jenny... ¡Amor mío!... ¡Mi único bien! ¡Dime que vendrás!... ¡Va en ello la felicidad de toda mi vida!... ¡Si no sales esta noche... me mato!

JENNY. ¡No, por Dios! ¡No pienses esa locura!

LAZAR. ¡Así acabaré de una vez con el tormento en que vivo!

JENNY. ¡Calla! ¡Calla! ¡Saldré!

LAZAR. ¡Bendita seas!

CLARA. (*Por la izquierda.*) Señor Lazarowich, ¿cree usted que lo que está haciendo es digno de un hombre honrado?

LAZAR. Señorita, no sé lo que usted quiere decir... Yo vengo de visita a casa de don Quintín Mascaret, a quien Jenny me quiere presentar.

CLARA. ¿Y esa presentación la cree usted conveniente y digna?

LAZAR. Basta que esta señorita lo juzgue así. Ella es dueña de sus acciones.

JENNY. Indudablemente.

CLARA. ¡Jenny! (*Jenny, intimidada, baja los ojos ante la mirada de Clara, y se dirige lentamente hacia la izquierda. Cuando está cerca de la puerta, se vuelve. Nueva mirada de Clara, más imperiosa que la anterior. Jenny se va.*) ¡Si persiste usted en querer ser admitido en casa de mi padrino, seré yo la que tendré el honor de presentarle a él!

LAZAR. ¿Usted, señorita?

CLARA. ¡Y pronto! Sólo que, como hace falta que yo le anuncie primero... ¿está usted seguro de ser quien dice?

LAZAR. ¿Cómo? ¿Quiere usted burlarse de mí?

CLARA. ¿Y de llamarse como dice? Porque a veces uno

cree llamarse Lazarowich y se llama simplemente Lázaro, y en vez de ser un príncipe, se es un pobre diablo.

LAZAR. ¡Lo sabe todo!

CLARA. ¡Vamos, señor aventurero; salga de aquí porque está usted desenmascarado y ha perdido la partida! Usted se ha dicho: «Aquí hay una casa mal guardada... sin autoridad y sin dueño. El padre es un poco ligero, la hija muy romántica... ¡La presa es fácil y el botín magnífico!»

LAZAR. Le juro a usted...

CLARA. Eso es lo que usted pensó, ¿verdad? Además, se dijo: «¡Aquí no hay una madre que vele por la muchacha!» ¡Pues se ha equivocado usted!... ¡Hay una! ¡Una madre que le conoció a usted desde el primer día y que vela, y que guarda, y que defiende!

LAZAR. Tiene usted razón, señorita. Por ahora he perdido la partida; pero como la muchacha me quiere, muy pronto me tomaré el desquite. (*Se inclina y se va por el foro.*)

CLARA. ¿Una amenaza?... ¿Un peligro? ¿Cuál? (*Se oye a todos los personajes que vienen por la izquierda.*)

ESCENA UNDÉCIMA

CLARA, QUINTÍN, SERAFÍN, CÉSAR, FANNY, JENNY, FAUSTA, LEONA y MISS MORGAN.

QUINT. (*Frotándose las manos.*) ¡Al fin he podido deglutir media docena de emparedados!

SERAF. ¡Yo también me he emparedado el estómago todo lo posible!

FAUSTA. Pero hace tanto calor en el comedor...

QUINT. Por eso he dicho que nos sirvan aquí las bebidas. (*Se sienta en el sofá.*)

FAUSTA. ¿Quién tiene un cigarrillo turco?

LEONA. Yo. (*Se van hacía el fondo a fumar. César las ofrece lumbre. Jenny, que entra, busca con los ojos a Lazarowich.*)

CLARA. (*A Jenny, a media voz.*) No lo busques... se fué.

JENNY. Pues no le veré hoy. ¡Valiente cosa! (*Va junto a su hermana.*)

CLARA. Miente... y está meditando alguna locura; pero yo impediré que la haga. (*Entran Valerio y Dionisio con unas grandes bandejas, llenas de tazas, y todo lo necesario para tomar café, té y licores. Faustina y Miss Morgan entran hablando.*)

CLARA. Aquí está el café. ¿Quién quiere café? ¿Quién té?

JENNY.
SERAF.
CLARA. ¡Café!

FAUST.
FANNY.
MORG. ¡Té!

QUINT. A mí me gusta más el café; pero tomaré té, porque es más distinguido.

CLARA. (*A Fausta y Miss Morgan.*) Tengan ustedes la bondad de servirlo.

FAUSTA. (*Con desdén.*) ¿Nosotras?

M. MOR. (*Con el mismo desdén.*) ¡No faltaba más!

CLARA. ¡Perdón... me olvidaba de sus ideas! Caballeros, ¿quieren ustedes servir a estas damas? (*Da a César el azucarero y a Serafín la cafetera.*) Y usted, padrino, el jarrito de la leche.

QUINT. (*Se levanta refunfuñando.*) ¿La leche? Pero esto de servir es un quehacer de las mujeres.

CLARA. Claro, padrino; pero como estas... señoras no me ayudan. (*Los tres hombres se encuentran solos, en primer término, teniendo César el azucarero; Quintín, la leche, y Serafín, la cafetera, en una mano, y en la otra una taza cada uno. Los tres se miran con asombro.*)

QUINT. Me parece que estamos en una situación un poco ridícula.

SERAF. ¡Psch! ¡Cuando uno está habituado!...

CÉSAR. ¡Hércules mismo estuvo a los pies de Onfalia!

QUINT. ¡Todo lo Onfalia que usted quiera... Pero estamos un poco en ridículo! (*Se separan y sirven a las señoras. Fanny viene a primer término y coge la taza de la mano de César.*)

JENNY. (*A media voz.*) ¡Fanny! (*Ya juntas.*) Tú sabes... (*Quintín, que ha servido a las señoras, viene a Fanny y la sirve, lo que corta la palabra a Jenny. Después, Quintín vuelve al fondo.*) ¿Dónde está la llave del jardín?

FANNY. En el llavero de Clara.

JENNY. ¿Tú conoces la llave?

FANNY. Sí.

JENNY. ¿Podríamos quitársela sin que lo notara?

FANNY. Lo probaremos; pero me parece muy difícil. (*Atraviesa la escena, bebiendo su café, durante las frases que siguen.*)

QUINT. (*A Miss Morgan.*) ¿Quiere usted un poco de leche?

M. MOR. No, señor...; lo que quiero es ron.

CLARA. (*A Leona.*) ¿La señora quiere mucho azúcar?

LEONA. (*Sentada en el sofá.*) Sepa usted, pollo, que yo he tomado café, bajo las tiendas de campaña, con las tribus más feroces, y no me gusta endulzar las cosas. No quiero azúcar.

FANNY. Clarita, hoy no te he dado ningún beso. (*La

besa y abraza buscando sacar la llave del llavero.

CLARA. ¿A qué se debe esa explosión *(Desconfiada.)* de cariño?

FANNY. ¿A que te quiero mucho?

CLARA. Bueno, quiéreme...; pero sin necesidad de jugar con el llavero. *(Pone ron en un vasito y se lo da a Quintín para miss Morgan.)*

FANNY. *(Que ha ido junto a Jenny. Clara no aparta la vista de ellas.)* No puedo quitarle la llave... ¿Para qué la quieres?

JENNY. Necesito ver esta noche a Lazarowich, antes de que se marche a Londres. Y me está esperando.

FANNY. Vete a verle ahora mismo.

JENNY. ¿Y cómo me las arreglo?

FANNY. Di que te duele la cabeza y que sales a respirar el aire del jardín. Vas, le ves y vienes a escape.

JENNY. Y Clara, que no deja de mirarnos; me sigue al jardín, y todo es inútil.

FANNY. Pues aprovecha una ocasión y vete sin decir nada.

QUINT. Serafín, ¿echamos una partidita?

SERAF. Con mucho gusto.

FAUSTA. Y, mientras dura el juego, miss Morgan enseñara a tus hijas los derechos de la mujer.

QUINT. Que oírlos, después del *lunch*, debe ser una cosa muy divertida.

FAUSTA. No se trata de diversiones, sino de instrucción; así todo el mundo se aprovechará de ella, incluso la señorita Clara. *(Clara está sentada, tomando el café, junto a la mesa. Quintín y Serafín se ponen a jugar a las cartas. A la derecha, en el sofá, Leona y Jenny. Fanny se sienta en un taburete, junto a Clara, para distraerla. En tercer término de la escena,*

Fausta y Miss Morgan, sentadas. César, de pie, mira cómo juegan a las cartas.)

CLARA. ¡Oh! Lo que es por mí, muchas gracias; porque, en lo que toca a mis derechos, estoy suficientemente instruída, y no me interesan mas que mis deberes.

LEONA. Olvida usted, amiga Fausta, que esta señorita desaprueba nuestro programa y no aspira a ser una superhembra, una mujer fuerte.

CLARA. Perdone usted, señora. Si usted entiende por fuerza ese valor que nos sostiene en las contrariedades y que nos permite vencer la malicia de los demás y nuestros propios defectos, me parece la cosa más deseable del mundo; pero si la fuerza consiste para ustedes en competir con los hombres en vigor, en audacia y en negligencia, yo declaro que estoy resuelta a ser débil toda mi vida.

LEONA. Según eso, ¿usted no ve ninguna ventaja en que una joven pueda guiarse, conducirse y protegerse ella misma?

CLARA. ¿Y le parece a usted que eso vale más que la dulzura de apoyarse en el brazo de la persona que se quiere? *(Fanny se levanta.)*

SERAF. ¡Bien dicho!

FAUSTA. ¡Tú, a tu juego!

LEONA. En resumen: debemos limitar nuestra ambición a zurcir medias y a hacer encaje de bolillos.

CLARA. *(Sin dejar de mirar a Fanny y a Jenny, que ahora están juntas.)* No, señoras; ¡al contrario...! Yo creo que tenemos derecho de saber todo lo que nosotras seamos capaces de aprender.

LAS MUJERES. *(Con viveza.)* ¡Pues entonces!... *(Jenny se levanta y Fanny ocupa su sitio. Jenny, de pie, espera el momento de ganar la puerta sin que la vean.)*

CLARA. Pero a fin de que seamos... (*A Fausta.*) más sensibles... *(A Leona.)* más dulces... *(A miss Morgan.)* más seductoras, y, para decirlo en una palabra, ¡más mujeres! De otro modo lo que se gana, créanme ustedes, no vale lo que se pierde. Que doña Fausta lea, medite y hasta escriba, si ella tiene talento, lo aplaudo y lo admiro; pero lo triste es que no escriba también los gastos de su casa. *(Jenny se dirige hacia el foro.)* ¿Miss Morgan pretende hallar un alcaloide nuevo? Me parece muy bien (*A los hombres.*) ¡pero que sepa también cómo se fríe un huevo! ¿Que doña Leonor Lahorie viaje? Nada más agradable... ¿Pero será más grande su virtud por haber dormido bajo las tiendas de campaña de los beduínos? En fin... (*Se levanta bruscamente, al ver que Jenny está a punto de salir, y que al ver de pie a Clara se detiene.*), que Jenny pasee por la playa para oír la sinfonía del mar, no es nada mas que un romanticismo... Pero que abandone de noche la casa de su padre para ir yo no sé dónde, ¿cómo se llama eso? *Jenny baja los ojos y se aleja de la puerta.)*

LEONA. Conclusión: ¡Que continúe la mujer explotada por el hombre! ¡Que la cumbre de su vida sea un marido! ¡Y la sociedad privándose de todos los servicios y hasta de las obras maestras con que podamos enriquecerla! ¡Todo perdido, porque los señores tengan la comida a punto y los hijos a plazo fijo!

M. MOR. *(Levantándose.)* Yes! Le baby! Pero, además, queremos que los hombres sigan siendo niños, para manejarlos a nuestro gusto, y que las mujeres seamos las más fuertes.

LAS MUJERES. ¡Eso!

CLARA. Eso... es, precisamente, la desgracia, miss...; que no son ustedes mujeres...

LAS MUJERES. ¡Las más fuertes!

CLARA. ¡No! Porque nuestra fuerza, la fuerza de las mujeres, es nuestro buenhumor, nuestra gracia, nuestra bondad y todos esos hilos dorados que nos sirven para encadenar los corazones con la más grande de las violencias..., ¡aquella que no se siente! Nuestra fuerza es el consejo dado tiernamente al oído; es el reproche que resbala con una caricia... Es el amor que nosotras inspiramos y la estimación que se nos tiene... Y cuando nosotras queramos tener a nuestros pies a los hombres, que son siempre niños pequeños para sus madres y niños grandes para sus mujeres, no es frunciendo las cejas como les haremos someterse, sino sonriendo... No será gritando muy alto: «¡Yo quiero!», sino murmurando muy bajito: «¡Si tú quisieras!»

SERAF. *(Emocionado.)* ¡Eso es! ¡Muy bien dicho!

LAS MUJERES. ¡A callar!

QUINT. Y, sin embargo, yo no puedo admitir que me haya equivocado educando a mis hijas como las educo.

CLARA. Padrino, deje usted que las señoritas en Nueva York sean tan independientes (*Mirando a Jenny.*), si sus madres se lo toleran. *(Mira a Fanny y a Jenny.)* Pero yo he conocido a vuestra madre... ¡Era un alma tan tímida... un corazón tan dulce...; no hubiera ella permitido a su Paquita la caza ni la esgrima... Viviendo ella, Juanita no hubiera pensado en salir a ver el claro de luna, porque en el momento de huír pensaría: «Y si mi madre se despierta y

encuentra mi alcoba vacía, y me llama y me busca por todas partes, espantada, llorando, loca de dolor...» Y seguramente no hubieras salido, ¿verdad que no?

JENNY. ¡Oh, no! (*Corre a sus brazos.*)

FANNY. (*Junto a Clara y abrazándola.*) ¡Clarita! (*Entra Valerio por el foro y entrega a Quintín una tarjeta.*)

QUINT. ¡Noticia de sensación! ¡En pie todos! ¡Es él! Aquí está Jonathan Mascaret. Que pase. (*Vase Valerio.*)

TODOS. ¡Jonathan!

SERAF. (*Con gran dolor.*) ¡Y no ha naufragado!

QUINT. ¡El libre ciudadano de la joven América! ¡El hombre a la moderna! ¡El hombre serio! ¡El hombre práctico!

FANNY. ¡Dios mío!... ¿Estaré bien peinada?

M. MOR. ¡Un compatriota!

QUINT. (*Dirigiéndose al foro.*) ¡Que entre ese hijo de la civililización moderna! ¡Que entre! (*Serafín, miss Morgan, Leona, Fausta y César, en la izquierda. En la derecha, Quintín, Fanny y Jenny. Clara, detrás del sofá.*)

JONAT. (*Dentro.*) Good by!... ¡Ya voy! ¡Ya voy!

VALER. (*En la puerta del foro.*) ¡Por aquí, caballero! (*Todos esperan la entrada de Jonathan con emoción.*)

ESCENA DUODÉCIMA

DICHOS y JONATHAN; este personaje habla en el castellano de la comedia, pero marcándolo con un poco de acento y entonación norteamericanos.

JONAT. (*Con un neceser de viaje y un bastón en la mano.*) Good afternoon!

QUINT. ¡Querido sobrino!... Te llamaré de tú... ¿Cómo estás?

JONAT. ¿Es usted mi tío? (*A Valerio.*) A ver tú, criado. Mi bastón a sitio seguro. (*Se lo da.*) Y buenas tardes todo el mundo. (*De buen humor.*) By god! ¡Pues no hay aquí pocas mujeres! (*Todos le miran con aire azorado.*) ¿Por qué me miran ustedes como a un bicho raro?

QUINT. ¡Te estamos admirando, Jonathan!

JONAT. (*Riendo.*) Pues no se molesten ustedes... Yo soy un buen muchacho. ¿Quién quiere colgar mi sombrero por ahí? (*Tira el sombrero al aire.*)

FANNY. (*Bajo a Quintín.*) ¡Este primo es un zopenco!

QUINT. Es un trabajador... un hombre curtido por el trabajo.

JONAT. ¿Y quiénes son tantas mujeres?

QUINT. (*Presentando.*) Tu tía Fausta, la hermana de tu padre.

JONAT. Yo creí que se había muerto.

SERAF. ¡Todavía, no! (*Da la mano a su tía.*)

JENNY. (*Bajo a Quintín.*) Me parece que está poco educado.

QUINT. Muy poco; no ha tenido tiempo. (*A Jonathan.*) Mis dos hijas... tus primas.

JONAT. (*Con indiferencia.*) ¡Ah! ¡Muy guapas!

QUINT. Doña Leona Lahorie, viajera ilustre.

JONAT. (*Dándole la mano.*) ¡Muy viajera mía!

QUINT. Y tu compatriota miss Morgan.

JONAT. ¡Ah! ¿Compatriotas? Eso no me interesa. (*Señalando a Serafín.*) ¿Y aquel elefantillo?

SERAF. ¿Quién? ¿Yo?

QUINT. ¡Chist! Es tu tío, Serafín Lopart.

JONAT. ¡Ah, el marido de... de...! (*Riendo.*) No le falta más que la trompa.

SERAF. ¿Trompa? ¡Un cornetín de pistón es lo que me falta!

LEONA. Es un salvaje, pero interesante.

JONAT. Ha terminado el desfile, ¿verdad? Yo ahora comería de buena gana.

QUINT. ¿No has comido?

JONAT. A las cuatro; pero siento apetito.

CLARA. Pues en seguida se le servirá a usted de cenar. *(Pasa por delante de todos y se va por la izquierda.)*

JONAT. *(Siguiéndola con la vista.)* ¿Más gente? Esa... ¿no es otra prima mía?

QUINT. No...; esa es mi ahijada.

JONAT. *(Indiferente.)* ¡Serían ya muchos parientes! Bueno, tio, ha sido usted muy amable por haberse acordado de mí para esta herencia.

QUINT. *(Estrechándole las manos.)* Es que yo soy un verdadero americano para los negocios.

QUINT. ¿Y es esta la casa que heredo? *(Sorpresa general.)*

SERAF. *(Rectificando.)* Que heredamos, querrá usted decir.

JONAT. ¿Qué decía el vejete?

QUINT. Decía, y dice bien, que la casa es nuestra; está bien claro, de nosotros tres, como toda la herencia.

JONAT. ¿Cómo de nosotros tres? ¿Qué cuento es ese?

QUINT. No es ningún cuento. Tú lo sabes como nosotros. La herencia pertenece a los tres.

JONAT. ¡Está usted en un error! Soy yo solo el que heredo.

QUINT. ¿Tú?

JONAT. ¡Solito!

SERAF. *(Riendo.)* ¡Este carpintero está viruta!

CLARA. *(Saliendo.)* Pronto estará dispuesta la cena.

QUINT. Veamos, veamos... Aquí, indudablemente, hay una equivocación. Se trata de la herencia de nuestro tío Quintín Mascaret.

JONAT. Ya lo sé.

QUINT. Muerto, sin hacer testamento.

JONAT. También lo sé.

SERAF. *(Frotándose las manos.)* Luego, somos tres los herederos legítimos.

JONAT. ¡Ta, ta, ta! Entonces, es que ustedes no saben que no hay herederos legítimos, puesto que hay donación entre vivos de todos los bienes del difunto.

TODOS. ¡Donación!

JONAT. *(Sacando un pliego de papel.)* ¡Naturalmente! A mi padre, por contrato de matrimonio, que aquí está firmado por el tío Quintín. Y esto vale por todos los testamentos del mundo.

QUINT. *(Mirando el papel.)* ¡Santo cielo!... ¡Es verdad! *(Cayendo abatido en brazos de Serafín.)* ¡Estamos arruinados!

LAS MUJERES. *(Desvanecidas sobre las sillas, sofá, etc.)* ¡Ah! ¡Arruinados!

JONAT. *(Plegando el papel.)* ¡Ni más, ni menos!... ¡Yo solo soy el heredero! *(Mirando a Clara que permanece de pie mirando a Jonathan.)* Es curioso. Y a ésta, ¿por qué no le habrá hecho efecto la noticia?

TELÓN.

ACTO TERCERO

La misma decoración que el anterior. Una mesa a la derecha, en donde estaba el sofá.

ESCENA PRIMERA

FANNY y CÉSAR.

CÉSAR. (*Entrando por el foro.*) ¡Qué grandísimo sinvergüenza!

FANNY. ¿De quién habla usted con tanta indignación?

CÉSAR. De ese pillo de Lazarowich; acabo de encontrarle camino de la estación, y me ha dicho con el mayor cinismo: «¿Conque están arruinadas esas pobres gentes? Pues, entonces, no vale la pena la muchacha.» Y siguió su camino para tomar el tren.

FANNY. ¡Miserable! ¡Ahora que mi hermana no tiene dote, renuncia a su mano...!

CÉSAR. Justamente.

FANNY. ¡Pobre Jenny! Vamos a decírselo..., de cierta manera. ¡Ah, los hombres! (*Dirigiéndose a la derecha.*) ¡Infames!

CÉSAR. Perdón... ¡Hay que distinguir! (*Resuelto.*) Ya no vacilo más; estoy resuelto. Fanny...

FANNY. (*Deteniéndose.*) ¿Qué le pasa a usted?

CÉSAR. Hace seis meses, Fanny, que me pregunto todos los días si la quiero a usted o no la quiero.

FANNY. Esa duda me honra.

CÉSAR. Fanny, cuando la vi a usted ayer desvanecida comprendí claramente lo que pasa en mi alma. Sí, la quiero a usted, este es un hecho definitivo.

FANNY. ¿Y si se equivoca usted?

CÉSAR. (*Sorprendido y reflexionando un instante.*) ¡No! (*Con decisión.*) Esta vez estoy seguro de mis sentimientos, y espero que usted me autorice para pedir su mano.

FANNY. ¿Sin dote?

CÉSAR. ¡Ah! ¡Esa es mi especialidad! En cuanto hay una mujer sin dote, allí estoy yo.

FANNY. Lo contrario que hace todo el mundo. Eso es muy generoso.

CÉSAR. (*Modestamente.*) Si usted lo cree así..., mejor.

FANNY. Es usted, sencillamente, un hombre al que yo estimo mucho.

CÉSAR. Entonces, ¿acepta usted?

FANNY. ¿El qué?

CÉSAR. Casarse conmigo.

FANNY. ¡Oh, eso, no!

CÉSAR. ¿Cómo que no?

FANNY. ¿Yo perder mi libertad? ¿Convertirme en una esclava?

CÉSAR. ¡Al contrario! Seré yo el que me consideraré feliz, muy feliz, siendo esclavo suyo.

FANNY. Sí, sí... Esas cosas se dicen al principio; pero después... Lea usted la obra de miss Morgan sobre el matrimonio; pone los pelos de punta. Maridos que no quieren que sus mujeres salgan solas..., que abran sus cartas; que no quieren llevarlas al teatro, ni a los bailes de máscaras; que sostienen verdaderas batallas por comprar cualquier friolera, un abrigo de pieles o un collar de perlas...

CÉSAR. Yo le compraré a usted lo que quiera.

FANNY. ¡No, no, no! Yo no me caso mientras no se modifique todo esto.

CÉSAR. Pues va para largo. Hablaré a su papá.

FANNY. ¿Con mi papá? No sé hasta qué punto tiene derecho para concederle mi mano.

CÉSAR. ¿De modo que...?

FANNY. De modo que..., vamos a prevenir a mi hermana. Venga usted conmigo. (*Mutis derecha.*)

CÉSAR. (*Siguiéndola.*) Supongo que no será esa su última palabra y que razonará usted la sinrazón de esta razón tan poco razonable. (*Vase.*)

ESCENA SEGUNDA

QUINTÍN y SERAFÍN.

(*Entran los dos por el foro, con la cabeza baja, y al llegar a primer término se miran consternados.*)

QUINT. (*Después de un corto silencio.*) ¿Y si consultáramos con otro abogado?

SERAF. (*Suspirando.*) ¡Consultemos!

QUINT. ¡Cuando pienso que él estaba en California y que soy yo el que le ha hecho venir...!

SERAF. Sí; la verdad es que estuviste poco acertado.

QUINT. ¡Ya no tiene remedio! Todas tus recriminaciones no mejorarán la situación presente... Pero sabremos convencerle y hacerle pasar por el aro.

SERAF. ¡Chito! Aquí viene... Hagámonos los distraídos. (*Se ve que Jonathan viene por el jardín.*)

QUINT. ¡Eso! Y pongamos una cara muy satisfecha, para que no sospeche nada. (*Los dos ponen una cara de risa muy cómica, y se ponen a pasear, tarareando.*)

ESCENA TERCERA

Dichos y Jonathan.

Jonat. (*Sale afilando un lapicero*). ¿Y qué? ¿Qué es lo que les ha dicho a ustedes el abogado?

Quint. (*Estupefacto y cambiando el gesto cómico en trágico.*) Pero... ¿es que tú sabes...?

Seraf. (*Idem.*) ¡Lo sabe!

Jonat. Yo no sé nada. Pero como los he visto levantarse temprano y dirigirse a la ciudad... ¿Qué otro motivo tan urgente podría llevarles?

Quint. / Seraf. (*Un poco tontos.*) ¡Ah!

Jonat. Y les habrá dicho a ustedes que el asunto no admitía discusión alguna. (*Todo lo dice muy tranquilamente.*)

Quint. / Seraf. ¡No!

Jonat. ¡Sí! Y que mi derecho era inapelable.

Quint. / Seraf. ¡No!

Jonat. ¡Sí! Y que ustedes no tenían derecho a nada. ¿Verdad?

Quint. (*Estallando.*) ¡Verdad, sí! ¡Nos ha dicho todo eso! ¿Pero es que no hay mas que un solo abogado en Francia? ¡Pleitearemos! (*A Serafín.*) ¡Hay que infundirle miedo!

Seraf. (*Muy fuerte.*) Sí, señor... ¡¡pleitearemos!!

Jonat. Y perderán ustedes.

Quint. ¡Ja, ja! (*A Serafín.*) Este no conoce las leyes francesas... ¡Voy a estupefactarle! ¿Tú crees, simpático sobrino, que se puede despojar, así como así, a los herederos legítimos?

Jonat. (*A caballo sobre una silla, de la cual co-*

mienza a cortar el respaldo con la navajita.) «Las liberalidades por actos entre vivos o testamentarios pueden agotar la totalidad de los bienes». Artículo 916 del *Código Civil.*

SERAF. (*A Quintín.*) ¡Se sabe de memoria el *Código!* (*Tirando de* Código, *con aire triunfante.*) Oiga usted, pollo: (*Leyendo.*) «La donación se considera caducada por causa de ingratitud». Artículo 953.

QUINT. Y tú has sido ingrato con el pobre tío Quintín; monstruosamente ingrato, abandonándole en los últimos días de su vida.

SERAF. ¡En su última hora!

JONAT. Adelante. «No habrá caducidad por causa de ingratitud, a no ser que el donatario haya atentado contra la vida del donador, le haya injuriado, golpeado o negado los alimentos». Artículo 955.

SERAF. (*Leyendo el* Código.) ¡Exacto!

QUINT. Pero no me destroces la silla.

JONAT. Es mía.

SERAF. ¡Todavía, no!... ¡Ah! ¡Aquí está cogido!... «Para hacer una donación hay que estar en su cabal juicio». Artículo 901.

QUINT. (*Leyéndolo.*) Está claro. Y el difunto no estaba en su cabal juicio cuando te designó a ti para heredero.

JONAT. Pruébenlo ustedes.

SERAF. ¡Lo probaremos todo! Hasta que hubo captación de persona. (*Buscando en el* Código.)

JONAT. No busquen. No hay tal captación. Vean «El Dalloz: Repertorio general de leyes: Disposición entre vivos y testamentarios, título 2.°, capítulo II, sección 1.ª, artículo 1.°, párrafo 8.°, número 247...»

SERAF. ¡Se acabó! ¡La bomba final! ¡Ya para qué...! (*Se guarda el* Código.)

QUINT. Este hombre no se intimida por nada... Hay que apelar a la astucia. Sobrino, supongo que no tendrás idea de vender la fábrica.

JONAT. No, señor.

QUINT. (*Sonriendo.*) Entonces, todo arreglado. Nosotros queríamos proponerte la asociación; ofrécenosla tú... y aceptamos.

JONAT. No quiero asociarme con nadie.

QUINT. ¡Es un hombre que paraliza la sangre! Serafín, prueba tú a ver si le tocas en el corazón por el lado de la familia.

SERAF. Oiga usted, amigo Jonathan... Y nosotros, ¿qué vamos a hacer?

JONAT. Hablando con sinceridad, ¿sirven ustedes para algo?

QUINT. Nosotros servimos para todo.

JONAT. Entonces les daré un empleo en la fábrica para que se ganen la vida.

SERAF. ¡Ganarnos la vida!...

QUINT. ¡Empleados tus tíos..., los hermanos de...!

JONAT. ¡Aunque fueran ustedes mis abuelos!... ¿Les debo yo algo?... ¡Yo no debo nada a nadie! A los quince años me ganaba la vida yo solo. ¡El viejo, mi padre, no me dió nunca un dólar! A los diez y siete años, ya era cajero; a los diez y nueve, monté una fábrica de aserrar madera; a los veinte, ya era rico; a los veintidós, me arruiné; a los veintiocho, elevé mi fortuna a un millón; a los treinta he triplicado mi capital... ¡Cada uno para sí, y adelante! Es la divisa americana y la mía. ¿Está comprendido? ¡Cada uno para sí, y adelante!

QUINT. (*A sí mismo.*) Es un hombre positivo. He aquí los inconvenientes de las naturalezas positivas. (*A Jonathan.*) ¿Y tú no piensas casarte?

JONAT. ¿Yo? ¿Para qué?

QUINT. Para tener una mujercita educada a la moderna.

JONAT. ¡No les faltaba mas que eso a las mujercitas! Las mujeres no saben pensar mas que en sus trapos... Son habladoras, enteran a todo el mundo de nuestros negocios, le enemistan a uno con los amigos, le hacen recibir a gente que a uno le molesta, y se pasan el día refunfuñando por si viene usted pronto, por si viene usted tarde, por si no viene usted ni pronto ni tarde... ¡No, no, no! ¡No es tonto Jonathan! Yo me casaré cuando casarse no sea una molestia.

QUINT. Te advierto que aquí tenemos...

JONAT. Stop!... ¡Alto ahí! Voy a dar un vistazo a los libros... Preparen ustedes sus cuentas de la tutoría.

SERAF. ¿Nuestras cuentas?

JONAT. Y si quieren usted quedarse a comer, se quedan... Pero las mujeres, no... ¿eh?... Las mujeres de ninguna manera. (*Mutis foro.*)

ESCENA CUARTA

QUINTÍN, SERAFÍN; después, CLARA, FAUSTA, LEONA, FANNY, MISS MORGAN y JENNY.

SERAF. (*Imitando a Quintín.*) Ahora veréis el hombre moderno, el trabajador de la civilización, el titán que rinde a la Naturaleza. Y, en efecto, a nosotros, por lo menos, ya nos ha rendido.

QUINT. Y pensar que soy yo el que le ha hecho venir desde California!

FAUSTA. (*Por el foro.*) ¿Y qué?

LEONA. / MOR. (*Por la izquierda.*) ¿Y qué?

CLARA. / FANNY. / SERAF. (*Por la derecha.*) ¿Y qué?...

QUINT. Venid, venid todos. (*Se agrupan a su alrededor.*) Este carpintero está sin cepillar.

FAUSTA. ¿Qué ha dicho?

QUINT. Ha dicho que le estorbábamos todos, y las mujeres más todavía. Es cuanto ha tenido la bondad de manifestarnos.

FAUSTA. ¡Ah, sí! Pues ya que ustedes no han sido capaces de domesticar a ese cafre, seremos nosotras, las mujeres, las que repararemos la ineptitud de ustedes. (*Llevándolos hasta la puerta izquierda.*) ¡Fuera los hombres!

QUINT. Decirnos al menos...

TODAS. (*Gritando.*) ¡Fuera los hombres! (*Serafín arrastra a Quintín y salen escapados.*

LEONA. ¡Sexo charlatán! (*Todas las mujeres vienen a primer término.*)

FAUSTA. Señoras, el Capitolio está amenazado, y... (*A Clara que se marcha.*) ¿Nos deja usted, señorita?

CLARA. No tengo fuerzas, como usted, para defenderle. (*Mutis izquierda.*)

ESCENA QUINTA

FAUSTA, LEONA, MISS MORGAN, FANNY y JENNY.

LEONA. ¿Será eso una ironía?

FAUSTA. Señoras, deliberemos sin pérdida de tiempo. ¡Catilina está a nuestras puertas! Se trata de domar a ese salvaje y de quedarnos en esta

casa. Que cada una diga lo que procede en este caso y hablen por orden de edades.

TODAS. ¡Muy bien!

FAUSTA. Que hable la de más edad primero. (*Silencio.*) Vamos... ¡que hable! (*Silencio.*) ¿No habla nadie?... Señoras, señoras..., que Catilina está a nuestras puertas.

LEONA. Pues bien, yo estoy por los procedimientos violentos.

JENNY. Y yo también; desde la traición de Lazarowich.

FANNY. Yo opino que es mejor la dulzura... ¿Quién doma las bestias más feroces? ¡El Amor! Hay que atraerle hacia nosotras, y... ya le dictaremos las condiciones.

FAUSTA. Y por qué medio, ¿Fanny?

FANNY. Por un recurso infalible. ¡el flirteo!

TODAS. ¡El flirteo!

M. MOR. Yes!... ¿Admirable la «flirtechione»!

FAUSTA. Bueno, pues las que se encuentren con fuerzas para la «flirtechione» que levanten la mano. (*Todas la levantan.*)

JENNY. ¡Por unanimidad!

FANNY. Pues a las armas..., es decir, ¡a la coquetería! (*Vanse. Fanny, por la derecha; Jenny, Leona y Miss Morgan, por la izquierda. Queda en escena Fausta.*)

ESCENA SEXTA

FAUSTA y JONATHAN.

FAUSTA. Puesto que las conveniencias sociales me impiden usar y abusar, como las otras, de mis ventajas, le colocaré un discursito. ¡Aquí está!

JONAT. (*Entra haciendo cuentas, con un lápiz y un cuaderno en la mano.*) Quince y diez, veinti-

cinco, y ocho, treinta y tres, y siete, cuarenta. Está aquí mi tía Fausta... (*Hace como si no la hubiese visto y da media vuelta para marcharse.*)

FAUSTA. (*Deteniéndole.*) Sobrino mío... Yo dejaré a otras el cuidado de apelar a tu generosidad; a otras, la tarea más ingrata de discutir tus derechos; yo elevaré la cuestión. Yo no te diré nada...

JONAT. (*Estrechándole la mano.*) ¡Usted es una mujer razonable!

FAUSTA. (*Continuando.*) Nada que pueda herir tu susceptibilidad. Pero examinemos la cuestión desde el punto de vista filosólico y social y veamos, sobre el hecho de la herencia, si la legislación ha salvaguardado los intereses de la mujer... Interroga a la Historia: esclava con los griegos, sierva en la Edad Media, la mujer no ha podido nunca actuar en justicia, ni contratar, ni adquirir, ni dar, ni escribir, ni pensar, ni hablar.

JONAT. (*Impaciente.*) Está usted demostrando lo contrario, tía.

FAUSTA. No me interrumpas, Jonathan, y examinemos de cerca las mujeres antiguas.

JONAT. (*Mirándola de pies a cabeza.*) Están vistas y examinadas. (*Vuelve a abrir su cuaderno.*) Decía que cincuenta...

FAUSTA. Ya he comprendido esa alusión a mi edad y me parece de muy mal gusto. Tú no respondes a mis razonamientos mas que con una impertinencia! ¡Al fin y al cabo un hombre!.... ¡Todos despreciables! (*Le lanza una mirada de desprecio y se va por el foro.*)

JONAT. ¡Adiós! (*Solo y volviendo a sus cuentas.*) Llevo cinco, y tres... (*Continúa en voz baja y va a irse por la derecha. Fanny, en la puerta.*)

ESCENA SÉPTIMA

JONATHAN, FANNY y JENNY

FANNY. ¡Primito!...
JONAT. Perdón. (*Da media vuelta y va a irse por la izquierda. En la puerta, Jenny.*)
JENNY. ¡Jonathan! (*Jonathan saluda con la cabeza y se dirige a la puerta del foro.*)
FANNY. ¿Te vas?
JONAT. Voy a buscar a tía Fausta.
JENNY. (*Con zalamería.*) Pero no corras.
FANNY. Ven aquí. Necesito decirte una cosa.
JONAT. Luego me la dirás.
FANNY. Tiene que ser ahora. Siéntate aquí. (*Jenny deja caer al suelo su pañuelo.*)
JONAT. (*Sentándose.*) ¿Qué querrá?
JENNY. Debe habérseme caído el pañuelo.
FANNY. (*Mirando por el suelo.*) Sí... Allí está.
JENNY. ¿Quieres dármelo, Jonathan?
JONAT. (*Se levanta de mala gana, coge el pañuelo y se lo tira desde lejos.*) Ahí le tienes.
JENNY. (*Tendiéndole la mano.*) Toma... te lo permito.
JONAT. ¿El qué?
JENNY. ¿También hay que decírtelo? Puedes darme un beso. (*Jonathan, con indiferencia, para terminar, le besa la mano.*)
FANNY. Esta chiquilla va muy de prisa. Jonathan, ¿quieres abrocharme el collarcito, que yo no puedo?...
JONAT. ¿Es que me habéis tomado por la doncella?
FANNY. ¡Qué poco galante eres!...
JENNY. ¿A ti no te gusta flirtear?
JONAT. ¿Flirtear?
FANNY. JENNY. } A la americana.

JONAT. ¡Ah! ¿Vosotras queréis?... ¡Haberlo dicho... Ven que te abroche el collar. (*La abraza y la besa en los cabellos.*)

FANNY. ¡Jonathan! (*Defendiéndose.*)

JONAT. ¡Y ahora en los ojos!...

FANNY. ¡Eso no... eso no! (*Rechazándole.*)

JENNY. Pero, ¿qué es eso?

JONAT. (*Corriendo hacia Jenny.*) Estoy flirteando, criatura. (*Queriendo abrazarla.*)

JENNY. (*Asustada y corriendo.*) Quieto o grito, Jonathan.

JONAT. ¿Tú, no? (*Va hacia Fanny.*) ¿Y tú? (*Fanny y Jenny están juntas.*)

FANNY. ¡Si te acercas te saco los ojos!

JONAT. Esto os enseñará a no provocar a nadie. Y ahora, fuera de aquí. (*Se arreglan los trajes y el cabello.*) ¿No os vais? (*Se dirige hacia ellas.*)

FANNY. }
JENNY. } (*Asustadas y corriendo*). ¡Sí! (*Mutis por la derecha. Leona sale por la izquierda y sonríe al ver correr a las muchachas.*)

ESCENA OCTAVA

LEONA y JONATHAN; luego, MISS MORGAN.

JONAT. Cincuenta y ocho... No sé dónde iba.

LEONA. (*Golpeándole en la espalda.*) Dos criaturas, mi querido señor Jonathan, son dos verdaderas criaturas.

JONAT. ¿Todavía?... ¡By god!

LEONA. Lo que le hace falta a un hombre como usted es una mujer enérgica, una mujer valerosa, fuerte...

JONAT. (*Cerrando el cuadernito.*) Vaya, tendré que renunciar a las cuentas.

LEONA. Una mujer que haya vivido una existencia aventurera, una mujer como yo, que he cazado osos en las montañas Rocosas; que he sido buscadora de oro en el Transvaal y a quien no intimidó verse amarrada al poste de guerra, que quiere decir muerte, entre los indios apaches.

JONAT. ¿Y la soltaron a usted?... ¡Qué lástima!

LEONA. ¡Rompí mis ligaduras, porque tengo una fuerza hercúlea! Vea usted, mis bíceps de acero. *(Le presenta el brazo.)*

JONAT. Perdón, yo...

LEONA. Toque, toque... Estos son los efectos de la esgrima y del trapecio. ¿Qué le parece a usted?

JONAT. Un bíceps morrocotudo.

LEONA. Y las piernas duras, nerviosas, a propósito para andar leguas y leguas... Verá usted... *(Haciendo ademán de enseñar la pierna.)*

JONAT. ¡No, no! Creo en su palabra.

LEONA. ¿No siente usted la tentación de caer en mis brazos?

JONAT. Gracias. No tomo nada entre horas. Está usted loca, señora. Váyase a un manicomio.

LEONA. ¿Loca yo? ¡Grosero!... ¡Salvaje! ¡Me da usted asco!... ¡Por mucho menos le hinché un ojo a un primo del rajá de Kapurtala! ¡Jumento! ¡Pollino!

M. MOR. *(Por la izquierda.* ¿Pero, qué sucede?

JONAT. ¿Otra mujer? ¡No aguanto más! *(Coge a miss Morgan violentamente por el brazo y la lleva hacia el foro; en el camino tropieza con Leona, la coge del brazo y la empuja hasta la puerta.)* ¡Fuera de aquí! ¡Y a la que entre, la estrangulo!

M. MOR. ¡Bruto..., más que bruto!

ESCENA NOVENA

DICHOS, QUINTÍN, SERAFÍN, FAUSTA, FANNY y JENNY.

QUINT. (*Por el foro.*) Pero... ¿qué pasa?
JONAT. (*Fuera de sí.*) ¡Fuera todo el mundo de mi casa!
QUINT. ¡Pero sobrino...!
JONAT. ¡No hay sobrino que valga! ¡Les doy una hora de plazo para que se vayan todos! ¡Una hora..., ni un minuto más! (*Comienza a anochecer.*)
QUINT. (*A las mujeres, que han ido saliendo.*) ¡Y esto es lo que han conseguido ustedes!
M. MOR. Es él, que nos ha tratado violentamente.
QUINT. ¡Querían ustedes domesticar a un tigre y sólo han logrado exaltar su furia! ¡En fin, ya no tiene remedio! Vamos a recoger nuestras cosas y ustedes vayan haciendo los baúles.
FAUSTA. ¿Nosotras mismas?
QUINT. ¡¡O el demonio!!
JONAT. (*Furioso.*) ¿No han dicho que vayan ustedes haciendo los baúles?... By god!
QUINT. ¡Ya van! ¡Ya van! ¡Poquita dictadura! ¡Poquita dictadura! ¡Y pensar que soy yo el que le ha hecho venir de California! (*Fanny y Jenny se van por la derecha. Leona y Miss Morgan, por la izquierda. Quintín, por el foro.*)
JONAT. ¡Más ligeros!
SERAF. ¡Poquita dictadura! (*Corre detrás de Quintín. Todas las puertas las cierran los personajes al mismo tiempo. Ya es casi de noche. Una luz muy violeta en el jardín.*)

ESCENA DÉCIMA

JONATHAN y CLARA.

JONAT. (*Al verse solo coge una silla y se sienta, respirando con satisfacción.*) ¡Al fin! ¡Ya estoy solo en mi casa! Gracias a Dios que puedo respirar a mi gusto... (*Mirando la hora.*) Las siete... Voy a tomar mi taza de té... ¿Dónde puse el saco de viaje? Aquí está. (*Saca de él diferentes paquetes, entre ellos el estuche del té.*) Voy a merendar deliciosamente. ¿Dónde estará la llave de la luz? (*Se oye que llaman en la puerta izquierda y se enciende al mismo tiempo la luz.*) ¿Quién llama?

CLARA. (*Abriendo y entrando.*) Perdón... Soy yo.

JONAT. ¿Otra mujer?

CLARA. Ruego a usted que me dispense, pero vengo a buscar un baúl que está en aquel cuarto. (*Señalando la derecha.*)

JONAT. ¿Y se irá usted en seguida?

CLARA. Sí, señor, en seguida.

JONAT. Entonces pase y recójalo.

CLARA. Es usted muy amable. (*Atraviesa la escena y abre la puerta del gabinete.*) Aquí está el baúl.

JONAT. (*Preparando el infiernillo y la tetera. Clara pretendiendo sacar el baúl.*) ¿No puede usted con él?

CLARA. No, señor.

JONAT. Pues déjeme. (*Coge el baúl, lo saca a escena y mira a Clara.*) ¡Ah! Esta es la única que no se desmayó anoche.

CLARA. Muchas gracias. Déjelo ahí, porque voy a guardar las mantelerías que están en aquel armario. (*Abre el baúl.*)

JONAT. Bueno. (*Va a echar agua en la tetera.*)

CLARA. (*Mirándole.*) ¿No calienta usted antes la tetera?

JONAT. (*Sorprendido.*) Yo, no.

CLARA. Pues hay que empezar por ahí. ¿Quiere usted que yo le haga el té?

JONAT. Quien debe paga, ¿verdad? Servicio por servicio. Quiere usted pagarme el favor que yo le acabo de hacer ahora.

CLARA. (*Después de calentar la tetera y preparando el té.*) ¿Y dónde va usted a tomar el té?

JONAT. Aquí mismo, en esta mesa.

CLARA. ¿Sin mantel?

JONAT. ¡Claro!

CLARA. ¡No faltaba más!... Espere usted. (*Saca un mantel del armario y lo pone sobre la mesa.*)

JONAT. ¡Qué lujo! (*Quiere ayudarle, y descompone el mantel.*)

CLARA. No, no. No toque usted a nada. Los hombres no tienen gracia para esto. (*Va al armario y trae cucharillas y servilleta.*)

JONAT. (*Comiendo galletas.*) Da gusto verla andar así, como una pajarita... Además, no molesta, ni se la oye.

CLARA. (*Echando el té.*) Aquí tiene usted el té. A tomarlo.

JONAT. Con mucho gusto. Gracias, señorita... ¿Cómo se llama usted?

CLARA. ¡Clara!

JONAT. (*Poniéndose azúcar.*) ¡Clara! Es un nombre muy bonito. (*Bebe el té.*)

CLARA. ¿Está bueno?

JONAT. ¡Delicioso! Esto es lo que se llama una taza de té exquisito. ¿Se le hace usted así a mi tío?

CLARA. Todas las tardes. (*Va al armario.*)

JONAT. Ya puede estar contento. (*Mirando al arma-*

rio, que está lleno de ropa blanca.) Y la lencería, ¡qué bien colocada está en el armario... ¿Es usted la que lo arregla así?

CLARA. (*Trayendo el veladorcito junto al baúl.*) Sí, señor; yo misma.

JONAT. (*Suspirando.*) ¡Esto me recuerda a mi pobre madre! Ella también tenía un armario grande, como éste, abarrotado de servilletas y manteles, adornados con cintitas rosas y azules para diferenciarlos... ¡Y cuánto me quería! ¡Qué lejos está todo esto!... ¡Y qué cerca, cuando se piensa en ello! (*Clara, mientras habla, ha sacado del armario servilletas y manteles, que va poniendo en el velador.*)

CLARA. ¿Murió su madre?

JONAT. Sí. ¡Cuando yo tenía quince años! Ya no hay mujeres que se le parezcan... Alguna habrá por el mundo, como usted quizá, que la recuerde un poco.

CLARA. ¿Yo?

JONAT. Sí. Cuando la veo a usted ir y venir con la ropa en el brazo me parece verla; ella andaba lo mismo que usted: despaciosa, sin hacer ruido... Pero hablemos de otra cosa. ¿Quiere usted tomar conmigo una taza de té?

CLARA. No, señor. Muchas gracias.

JONAT. Es verdad. Perdone usted que me haya atrevido a ofrecérsela. ¿Le paga bien mi tío todos los cuidados de que usted le rodea?

CLARA. (*Ordenando por tamaños la lencería.*) Me quiere como si fuera hija suya; me parece que está bien pagado.

JONAT. (*Cerrando con el pie la tapa del baúl y sentándose encima.*) ¿Y si la ofrecieran a usted quedarse en esta casa?

CLARA. ¿Aquí? ¿Con usted?

CLARA. ¡Sí... conmigo! ¡Porque, desde luego, habrá

que preocuparse de llenar mis armarios, y hará falta alguien para ordenar las mantelerías... y para hacerme el té!

CLARA. ¡Cásese usted entonces!

JONAT. (*Disponiéndose a encender su pipa y levantándose.*) ¡Ah! ¡Eso sí que no! Me gusta hacer lo que quiero y...

CLARA. ¿Va usted a fumar?

JONAT. Claro.

CLARA. Si hiciera usted el favor de no fumar se lo agradecería mucho; no puedo soportar el humo del tabaco. Pero, si usted quiere, yo me iré, y puede usted fumar.

JONAT. (*Deteniendo a Clara y dejando la pipa en la mesa.*) No, no... No se vaya usted, y respóndame a lo que le dije antes... ¿Quiere usted quedarse para gobernar mi casa?

CLARA. Mi tío me necesita, y no es cosa de que ahora que se ha quedado pobre... (*Vuelve al velador cargada de ropa.*)

JONAT. Al contrario. Este es el momento preciso de dejarle.

CLARA. En América, puede ser...; pero en Francia es el momento de estar a su lado.

JONAT. Tiene usted razón. (*Coge la pipa.*) ¡Me resignaré!

CLARA. ¿Pero es que va...?

JONAT. ¿Qué? (*Clara le señala la acción de fumar.*) ¡Ah, sí! ¡Me había olvidado! (*Rompe la pipa.*) ¡Vaya al diablo!

CLARA. (*Riendo.*) No ha perdido usted gran cosa.

JONAT. Eso le parece a usted. Las mujeres no estiman nada. Pero ¿no acaba usted? Voy a ayudarla. (*Tira los lienzos al baúl.*)

CLARA. (*Tranquilamente.*) No, no; así, no... Los manteles en el fondo, y despacito.

JONAT. Y si se quedara mi tío, ¿se quedaría usted?

CLARA. ¡Oh! Si él se quedara, como yo no quiero dejarle... (*Viene a primer término.*)

JONAT. (*Siguiéndola.*) Yo no echo de casa al tío..., y si puede ser útil en la fábrica...

CLARA. ¿Util? Ya lo creo; siempre hay necesidad de un jefe para vigilarlo todo, y si usted quisiera...

JONAT. (*Resueltamente.*) ¡Pues que se quede!

CLARA. Con sus hijas.

JONAT. ¡No, eso no! ¡Las hijas, no!

CLARA. (*Volviendo a su tarea.*) No pensará usted que mi padrino se va a quedar aquí, sin sus hijas!... ¿Me quiere usted alcanzar las toallitas, que están encima de todo?

JONAT. (*Yendo al armario y trayendo las toallas.*) Ahí tiene usted... ¡Qué interesante es esta muchacha!

CLARA. (*De rodillas delante del baúl.*) Si quisiera usted ayudarme, más pronto se vería libre de mí.

JONAT. (*Poniéndose de rodillas entre el baúl y el velador.*) Después de todo tiene usted razón; las chicas sin su padre no pueden estar, lo comprendo; y la pequeña es simpática, un poco aturdida...

CLARA. ¡Pero tan buena! (*Colocando la ropa.*) ¡Y la mayor tan dulce! (*Le mira fijamente.*)

JONAT. Sí, sí; lo creo... Qué ojos tan bonitos tiene. (*A Clara.*) ¡Esto de tener dos hijas en vez de tener dos hombres!... En la casa hacen falta los hombres..., son la fuerza, son los brazos...

CLARA. (*Sin dejar su tarea.*) ¿Y quiénes son el encanto y la alegría?... ¿Quién es el corazón?... ¡Las hijas! (*A medida que Clara habla, Jonathan aprovecha cada vez que se vuelve para coger del baúl lo que ella acaba de colocar y tirarlo detrás de él, en el suelo. Clara lo ve con el rabillo del ojo, y continúa.*)

Cuando los chicos tienen quince años ya no se les ve más... ¿Y quién se queda en la casa para abrazarle a usted cuando entra, y quién le prepara la butaca más cómoda para que se siente, y quién le salta a las rodillas? ¡Las niñas! Una casa llena de muchachos es un jardín lleno de frutos...; pero no hay que desdeñar las flores. (*Sorprendiéndole quitando la ropa del baúl.*) Pero ¿qué es lo que hace usted?

JONAT. ¡Colocando la ropa!

CLARA. ¿En el suelo?

JONAT. Confiese usted que me está haciendo rabiar, puesto que está viendo lo que me contraría que se vaya.

CLARA. (*Sentada en el suelo, con aire suplicante y con una servilleta plegada en la mano, para colocarla en el baúl.*) ¡A mí también me contraría irme!... ¡Me gustaría tanto quedarme aquí con mi padrino y sus hijas, si usted quisiera!...

JONAT. ¡Si yo quisiera!... Siempre dice usted las cosas con ese tono tan mimoso... ¡Si usted quisiera! (*Cogiendo la servilleta con una mano, sin que Clara la suelte.*) ¡Pues sí... quiero!... Se quedarán también las niñas, ¡vaya!... (*Se levantan los dos y vienen a primer término, sin soltar la prenda.*) ¡Pero suelte usted la servilleta! (*Arrancándosela de un tirón.*)

CLARA. (*Corriendo al fondo.*) Voy corriendo a decir a mi padrino que se queda aquí con el tío Serafín.

JONAT. (*Dando un salto.*) ¿Con el tío Serafín?

CLARA. (*En el quicio de la puerta.*) Sí.

JONAT. ¡Yo no he hablado de ese señor!

CLARA. No intentará usted separar a dos hermanos.

JONAT. ¡Pero si ese señor no sirve para nada!

CLARA. ¡Oh! Tiene una letra admirable; hace unos rasgos...

JONAT. No necesito escribientes, porque todo se hará a máquina.

CLARA. *(Volviendo a su tarea.)* Entonces no consentirá quedarse mi padrino; no hablemos más. ¿Dónde están los manteles, que no los veo?

JONAT. *(Irritado.)* ¡Aquí están! *(Tirando con furia al baúl todo lo que antes sacó.)* ¡Esta idea testaruda de meter a todos en casa! ¡Vaya, márchese usted y no me desespere!

CLARA. Bien... Ya me voy.

JONAT. Hace media hora que usted me trae y me lleva como a un maniquí... ¡y yo no he sido nunca maniquí de nadie!

CLARA. ¡Jonathan!

JONAT. ¡No hay Jonathan que valga! He roto por usted mi pipa... ¿sí o no? Pues si otra persona me obliga a hacer eso, ¡la estrangulo! Y todo para que usted no se vaya de esta casa... ¿Es que yo la necesito? ¿Acaso no voy a poder vivir sin usted?

CLARA. Yo no tengo la culpa de nada.

JONAT. ¡Sí que la tiene! Con esos remilgos de: «Si usted quisiera..., si usted quisiera»; y es usted la que quiere, ¡no soy yo! *(Cierra brutalmente la tapa del baúl.)*

CLARA. No se moleste usted ni se enfade, amigo Jonathan... ¡Ya me voy! *(Queriendo arrastrar el baúl.)*

JONAT. *(Conteniéndole con el pie.)* Si no podía usted con él cuando estaba vacío, menos podrá ahora que está casi lleno.

CLARA. ¡Es verdad! Avisaré para que me ayuden. *(Se dirige a la izquierda.)*

JONAT. *(Salta delante de ella y la impide el paso.)* ¡Todavía, no! Pero Clara, ¿no me ha compren-

dido usted? ¡Usted es demasiado lista para no advertirlo! Se quedará aquí el tío Serafín. Paso por todo con tal de tenerla a usted a mi lado. (*Estallando.*) ¡Porque me ha vuelto usted loco y la quiero a usted con toda mi alma, y por gusto o por fuerza usted no se va de aquí!

CLARA. ¡Déjeme usted salir! ¡Déjeme pasar o llamo a gritos!

JONAT. ¡Nadie vendrá! (*Se acerca a Clara.*)

LAZAR. ¡Déjeme usted! (*Extiende las manos para detener a Jonathan.*)

JONAT. Son un débil obstáculo esas manos de rosa. (*Le separa con fuerza las manos y quiere abrazarla. Ella coge las tijeras, que penden de su cintura, como para defenderse.*) ¡Preciosas manos!

CLARA. (*Da un grito agudísimo.*) ¡Ay!

JONAT. (*Separándose.*) ¿Qué es eso?

CLARA. (*Haciendo como si se hubiese herido con las tijeras.*) ¡Me ha hecho usted una cortadura?

JONAT. ¿Una herida?

CLARA. ¡Sí, con las tijeras!

JONAT. ¡Y he sido yo!... ¡Bruto, bárbaro, animal!

CLARA. No jure usted y deme un trapito.

JONAT. (*Corriendo como un loco.*) ¡Perdóneme! ¡Soy un salvaje!... ¿Y es honda la herida? ¿Quiere usted un poco de agua?

CLARA. No, no... Un trapito nada más; pero pronto.

JONAT. (*Dándole una servílleta.*) Tome.

CLARA. Esto es muy grande.

JONAT. (*Azorado.*) ¡Es muy grande!... ¿Y éste? (*Le da un mantel.*)

CLARA. En el costurero habrá.

JONAT. (*Trayendo el costurero.*) Le duele a usted mucho, ¿verdad?

CLARA. (*Liándose el dedo con un trapito.*) Atrozmen-

te. (*Dándole un ovillo de seda.*) Sostenga usted, Jonathan. (*El sostiene y ella comienza a liárselo alrededor del trapo que se ha puesto en el dedo.*)

JONAT. ¿Cómo le podría aliviar a usted el dolor?

CLARA. Diciéndome que se queda con nosotros su tía Fausta.

JONAT. Bueno; ¡sí, que se quede todo el mundo! ¡Pero dígame usted, Clara, que se casará usted conmigo!

CLARA. ¡Al fin! ¡Padrinito!... (*Corre, llamando a todos, de derecha a izquierda, alrededor de Jonathan, envolviéndole así con el hilo.*) ¡Al fin! (*Llamando*). ¡Padrino, padrinito! ¡Fanny! ¡Jenny! (*Sigue corriendo y envolviéndole con el hilo.* ¡Fausta!... ¡Venid todos! ¡Venid!

JONAT. (*Con las manos sujetas en la madeja de seda, la sigue cogido por el hilo.*) ¡Ya soy suyo! ¡Ya estoy cogido!... ¡Ya me arrastra!

ESCENA FINAL

CLARA, JONATHAN, QUINTÍN, SERAFÍN, CÉSAR, FAUSTA, FANNY y JENNY (*Todos llenos de paquetes y con maletines.*)

QUINT. ¿Qué ocurre?... ¿Hay alguna novedad?

CLARA. ¡La victoria! (*Viene a primer término, teniendo siempre a Jonathan sujeto por el hilo.*) Pueden ustedes deshacer todos los paquetes. No nos movemos de esta casa.

TODOS. (*Dejan caer los paquetes, y dicen, con alegría y emoción:*) ¡No nos movemos de esta casa!

CLARA. ¡No, tío! ¡No hay necesidad de que se vaya na-

die; la casa es bastante grande para todo el mundo..., y el corazón lo mismo!

QUINT. ¿De modo que nos quieres a tu lado?

CLARA. (*Tirando del hilo.*) Contesta.

JONAT. Sí.

SERAF. ¿A las mujeres también?

JONAT. A todos. Deme usted un abrazo, tía. (*Fausta le abraza.*) Clara, imita a tu tía... política.

CLARA. Todavía, no. Falta hacer alguna cosa.

JONAT. ¡Ah, sí! En este bolsillo de la izquierda está la escritura de donación. Puedes romperla.

TODOS. ¡La donación!

CLARA. ¡Ya la romperás tú! (*Al padrino.*) ¡Es muy noble!

JONAT. (*A Clara.*) Y ahora que hice todos tus gustos, ¿qué es lo que tú vas a darme?

CLARA. (*Dándole las dos manos.*) ¡La felicidad! (*Volviéndose a todos.*) ¿Tenía yo razón?... La más débil, ¿no es ahora la más fuerte?

FAUSTA. ¿Y con qué has encadenado a este león?

CLARA. (*Señalando el ovillo.*) ¡Con este hilo de seda!

TELÓN.

Obras de Enrique F. Gutiérrez-Roig.

La modelo, diálogo en escenas.
Géneros del Reino, revista cómica en un acto.
¡Miedo...!, cuadro de costumbres catalanas.
¡No lo verán tus ojos!, comedia en tres actos.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupin, comedia en tres actos.
Nick Carter, melodrama en seis actos.
El señor Juez, vodevil en cuatro actos.
La loca aventura, comedia en tres actos.
Los trovadores, comedia lírica en tres actos.
La bella Riseta, opereta en tres actos.
El panal de miel, farsa cómicolírica en dos actos.
La reconquista, vodevil en tres actos.
Bridge, comedia en tres actos.
El Diablo, comedia en tres actos.
El segundo marido, vodevil en tres actos.
El tiburón, farsa cómica en dos actos.
El grano de arena, vodevil en tres actos.
Las superhembras, comedia en tres actos.

La antigua Roma (sonetos).
Cascabeles de oro (poesías).

Obras de Luis de los Ríos.

LA INVENCIBLE, pasillo cómicolírico en un acto.
UN MODELO, apropósito en un acto y en verso.
LA SULTANA DE MARRUECOS, juguete en un acto.
EL ESPANTAPÁJAROS, sainete lírico en un acto.
CON LAS DE CAÍN, zarzuela cómica en un acto.
LA ROMERÍA DEL HALCÓN, presentimiento cómicolírico en un acto.
LA JAPONESA, zarzuela cómica en un acto.
EL RESPETABLE PÚBLICO, revista en un acto.
YO PUSE UNA PICA EN FLANDES, caricatura, en un acto y tres cuadros, del drama *En Flandes se ha puesto el Sol.* (2.ª edición.)
MIRANDO A LA ALHAMBRA, cuadro andaluz.
LA NOCHE DEL BAILE, juguete cómico en un acto.
ARSENIO LUPIN, comedia en tres actos.
EL PANAL DE MIEL, farsa cómica en dos actos.
BRIDGE, comedia en tres actos.
EL DIABLO, comedia en tres actos.
EL SEGUNDO MARIDO, vodevil en tres actos.
NANCY, opereta en tres actos.
LAS SUPERHEMBRAS, comedia en tres actos.

EL CABO LÓPEZ, aventuras. (3.ª edición.)
PALOTES, artículos y crónicas (agotada).
LA CONQUISTA DEL PLANETA, novela de viajes (agotada).
AMOR, CELOS Y VITRIOLO, novela cómica.


SOCIEDAD DE AUTORES